

CATALINA,

Ó LA BELLA LABRADORA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS:

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DOÑA MARIA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

La Marquesa de Armincur, retirada á vivir en su casa de campo, *Sra. Maria Vazquez.*

Elisa, su hija, *Señora Rosa Garcia.*

Lussan, *Señor Antonio Ortigas.*

Fierval, *Señor Antonio Ponce.*

Bonifacio de Orneville, hermano mayor de la Marquesa, *Señor Antonio Pinto.*

Catalina, labradora, que tiene arrendada la casa-labor de la Marquesa, *Señora Mariana de la Bermeja.*

Frasquita, criada de Catalina, *Señora Joaquina Arteaga.*

Enrique, criado de Fierval, *Sr. Josef Oros.*

ALDEANOS, ALDEANAS, UN NOTARIO, personas mudas.

La scena es en Berry, en la quinta y en la casa-labor de Armincur.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una campiña agradable. A la izquierda verjas, que conducen á la quinta. La casa-labor de Catalina está en una altura á la derecha, y guian á ella varias sendas torcidas. Los costados del teatro estan adornados de árboles. Bancos de piedra, que estan alrededor de los tres lados de una mesa de jardin puesta baxo un bosquete de árboles mas cerca del proscenio á la derecha. Son las seis de la mañana.

SCENA PRIMERA.

Enrique y Frasquita.

Esta sale de la casa de Catalina, y aquel de la quinta.

Enriq. ¡O! Señora Frasquita, ¿dónde vá vm. tan de mañana?

Frasquita con un canastillo en el brazo, que un momento despues dexa sobre uno de los bancos.

Frasq. ¿Pardiez, dónde voy? Bien lo sabe vm.

Voy á llevar á la quinta verdura para el dia. Y á vm., señor Enrique, ¿qué es lo que lo hace salir tan temprano?

Enriq. Un papel que el señor Fierval escribe á su padre, y es preciso que esté bien apretado, porque me ha encargado que no vuelva sin una respuesta positiva. Yo creo que adivino lo que es. Este jóven no tiene dinero: se lo pide á su pobre padre, que por su parte tampoco tiene mucho... con que me temo que no traeré tal respuesta positiva.

Frasq. ¿Segun eso no es rico el señor Fierval?

Enriq. Mas le falta para eso, que á vm. y á mí para ser pobres.

Suspirando.

Frasq. No; pues yo no tengo traza de muy opulenta.

Enriq. Y él al contrario: parece que ostenta en todo gran magnificencia; pero lo uno no prueba mas que lo otro.

Frasq. ¡Qué dichoso es vm., señor Enrique, pues está contento de ese modo con su suerte!

Con alegría.

Enriq. ¿Y por qué no? Mi amo es ciertamente un tronera, que las mas veces no sabe lo que

quiere, y me riñe freqüentemente, porque no he hecho aquello que se le ha olvidado decirme; pero por lo demas estoy bastante contento: y además de esto se pueden apostar ciento contra uno á que la señora Marquesa de Armincur le dará su hija por muger; y como esta señorita no es mas rica que él, se verán precisados á vivir en sus haciendas. Esto fixará aquí nuestra residencia, que es lo mas feliz que podia sucederme, despues, señora Frasquita, de la evidencia de que vm. admite mi amor.

Sonrojándose.

Frasq. ¡Ah señor Enrique!... Esa evidencia... ciertamente... Y que ¿cree vm. que el señor Fierval se casará con la señorita Elisa?

Enriq. ¡O! sí, sí; eso es negocio hecho.

Con interés.

Frasq. ¿Y el señor Lussan? ¿qué será de él?

Enriq. ¡He! á fé mia, sea lo que fuere. El es un cena á obscuras, que nada podia adelantar al lado de la jóven señorita. Ella es amiga de fausto, exîgente, imperiosa; y él con su ayre mesurado, su modo circunspecto, sus observaciones económicas, no promete otra recreacion á su esposa, que el permiso de reflexîonar á su gus-

to ; á cuyo particular de reflexîon no la tengo por demasiado inclinada. No la conviene : digo que no la conviene absolutamente.

Un poco picada.

Frasq. A la verdad, señor Enrique, me enfada un poco que un guapo muchacho como vm. no hable mejor de un hombre tan honrado; yo siempre habia creido que las gentes de bien se apoyaban unas á otras.

Enriq. Al contrario : eso lo hacen los pícaros, que lo necesitan mejor. Pero, señora Frasquita, pido á vm. mil perdones si la he desagradado. Yo me meto á juzgar de ese caballero... sin saber cómo; verdaderamente. En los quatro meses, que hace que mi amo y él viniéron á vivir á la quinta, no lo he visto sino á las horas de comer; y sobre todo hace tres meses que se ha hecho tan raro, tan sério... esta conducta le ha perjudicado en el genio de la señorita Elisa, que dice que el primer mes era mas jovial y mas fino.

Sonriéndose.

Frasq. ¡O Vírgen! es que no estaba tan ocupado como ahora.

Enriq. Ocupado... ¿y en qué?

Frasq. ¡Ah! ¿en qué? ¿en qué? Tanto no le pue-

do yo decir á vm.; pero sí que daria qualquier cosa porque vm. lo estuviese sirviendo á él, y no al señor Fierval.

Enriq. ¿Pues qué sucederia entónces, señora Frasquita?

Frasq. ¿Qué sucederia, señor Enrique? Que el señor Lussan, que ya hace aprecio de mí, por un motivo que yo diré, tambien lo haria de vm.; y así podria ser que algun dia...

Con viveza.

Enriq. Podria ser que algun dia esta linda manita, que yo estrecho tan de corazon, fuese la de mi muger. ¡O! Señora Frasquita... qué fortuna... qué placer... Dios mio...

La besa la mano.

Con emocion, y retirando la mano.

Frasq. Acabemos, señor Enrique; yo no gusto de dar nada adelantado.

Con alegría.

Enriq. Pues bien, señale vm. el dia para el pago, y yo dexaré amontonar con gusto los réditos.

Frasq. ¡Señalar el dia!... ¿y cómo, señor Enrique!... ¡señalar el dia!... Pues que ¿depende eso de mí? Pues qué ¿no sabe vm. que la señora

Catalina, que es la mas hermosa labradora de toda la comarca, me ha recogido no hace mucho tiempo, siendo yo, como soy, una pobre huérfana, y ha hecho de mí lo poco que valgo? Pues qué ¿podemos casarnos sin su consentimiento? ¿y acaso nos lo dará? ¡Ah! ¡Bah! ¡Vaya vm. á fiarse!

Enriq. ¿Y por qué no?

Frasq. ¿Y sé yo por qué? ¡Es una muger tan picarilla! ¡buena! ¡ó! ¡eso sí, buena!... No hay pobre en toda la aldea que no la eche mil bendiciones; pero es reservada, triste, desconfiada...

Enriq. ¿Triste? y jamas se la ve sino cantando ó riendo.

Frasq. Sí; pero es que se la ve pocas veces: y en su casa de labor, donde, á Dios las gracias, nadie sino nosotros puede llegar sin su licencia, despues que ha acabado sus ocupaciones, y puede quedarse bien sola y bien encerrada; allí, allí sí es menester verla. Tiene en un pequeño gabinete, donde está regularmente, un monton de papeles, en que está haciendo garabatos, y una gran máquina de madera con unas cuerdas, que se pone á pellizcar de este modo... Canta con mucha dulzura, llora; y despues quando vuelve á ha-

blar con nosotros, no es mas que para decirnos mal de los hombres... tanto mal... Vaya ella los detesta, y quisiera tambien hacérmelos detestar á mí; pero, yo no sé por qué, no me hallo con disposicion para darla gusto.

Enriq. Vm. hace bien, señora Frasquita. Nada hay mejor que nosotros en el mundo... Se entiende despues de las mugeres. Pero si la señora Catalina es tan buena como vm. dice, no podrá negarse á dexar á vm. que consiga un establecimiento ventajoso; y vea vm. del modo que me manejaré. Iré á decirla; señora, soy jóven, tengo buen natural, y buenos brazos; soy dueño de sesenta y ocho pesos fuertes; pido á vm. que me dé por muger á la señora Frasquita, y la ofrezco en cámbio en el término de quatro años un par de criadillos de escalera abaxo, que la amarán y la servirán á qual mejor. No se resistirá: ¡ó! estoy bien seguro de que no se resistirá. Vm. será mia, señora Frasquita, vm. será mia. ¡Qué gozo! Sin embargo, eso que vm. me dice, me da un poco de pesadumbre; porque vm. sabe cómo deseo...

Con sencillez.

Frasq. Cierto que sí, señor Enrique; y le doy

á vm. gracias. Pero ¿cómo hemos de hacer? La señora Catalina no puede ni aun oir hablar de matrimonio sin coger una dósis de mal humor, que á todos nos alcanza muy bien. Ya ve vm...

Enriq. Lo mismo da, señora Frasquita; lo mismo da.

Con timidez.

Frasq. ¡Ah Enrique! ¡si el señor Cárlos quisiese ponerse á nuestro favor!

Admirándose.

Enriq. ¡El señor Cárlos!... ¿Quién es ese señor Cárlos?

Volviendo sobre sí.

Frasq. ¡O! no, no; quiero decir el señor Lussan.

Lo mismo.

Enriq. ¡El señor Lussan! Pues el señor Cárlos y el señor Lussan, ¿qué relacion...

Perturbada toma su canastillo para escaparse.

Frasq. ¡Ah! ve aquí lo que trae el entretenerse en charlar con un hombre. En poco tiempo ya no se sabe lo que se dice. A Dios, señor Enrique, á Dios.

Deteniéndola.

Enriq. ¡Cómo! á Dios... ¿Y qué no me explicará vm.?...

Procurando desasirse.

Frasq. ¡O! Enrique, oiga vm. Si me quiere, no me pregunte cosa alguna sobre este asunto.

Enriq. Pero á lo ménos digame vm...

Frasq. No hay mas que decir. No me detenga vm. le pido, ni me pregunte mas, porque no sabrá otra palabra.

Enojado.

Enriq. Señora Frasquita...

Huyendo hácia la quinta.

Frasq. Abur, abur, señor Enrique.

SCENA II.

Enrique solo.

Enriq. ¡Abur! ¡abur!... ¡estamos bien adelantados! — ¿En qué consiste este misterio?... Acaso Frasquita... ¡O! no, no; es buena, es segura. Su ayre sencillo, sus ojos francos, diez y siete años á lo mas, y sobre todo aldeana... no hay que temer... pero este Cárlos... el señor Lussan... ¿qué significa todo esto? ¡ó! ¡qué mugeres! Apénas dexan á uno seguir en el mundo algun camino... á propósito de camino, y mi comision... se me olvidaba... !O Dios mio, qué cabeza!

¡ah perro amor!... Vamos á llevar la carta.

Vase.

SCENA III.

Lussan con vestido pardo, chupa blanca, en trage de mayordomo de labor, sale de las verjas con precaucion, y no se adelanta hasta estar seguro de que Enrique se ha ido.

Lussan. Ya se ha ido. — Pero se ha pasado la hora. ¡Se han acostado tan tarde! Ahora se estan desayunando en la granja. ¿Cómo he de poder entrar, sin que conozcan de donde vengo? Cada dia aumenta mi confusion y mi cariño. Catalina me busca, y acaso me culpa en este instante. ¡Muger adorada! ¡muger incomprehensible! ¿no podré yo saber jamas la causa de esos caprichos tan amables y tan crueles? ¡Yo la amo!... la amo ¡ay de mí! sin esperanza y sin objeto; y por la primera vez en mi vida el amor me ha arrastrado á dar un paso, que choca á mi razon, sin ofrecer desquite á mi gusto. Tanto talento, tan nobles modales, un modo de hablar tan fino, un estado tan contrario, un misterio tan profundo...

SCENA IV.

Lussan y Frasquita, que vuelve de la quinta.

Corriendo hácia él.

Frasq. ¿En qué se entretiene vm.? Ya hace mucho tiempo que todo el mundo está levantado. La señora Catalina estaba ya llamando á vm. quando yo vine. Ya hace rato que ha pasado la hora de las cuentas. ¿Cómo hará vm.?

Distraido.

Lussan. Ya estaba pensando en eso. — Díme, Frasquita, ¿á qué hora se ha levantado Catalina?

Frasq. Á las cinco.

Con alegría.

Lussan. ¿Y preguntó por mí al instante?

Sinceramente.

Frasq. ¡O! no: dió su vuelta segun costumbre: repartió á cada uno su taréa; y hasta que el Mayoral Felipe iba á marchar á la ciudad, no reparó que vm. faltaba para tomar la cuenta de lo que iba en el carro; pero ella la tomó por vm.

Preocupado.

Lussan. Pretextaré un negocio. Envié ayer noche

en casa de Roberto; ella no lo sabe: diré que me ha pagado esta mañana.

Se encamina á la granja.

Frasq. ¿Y bien, y bien? ¿á dónde va vm. de ese modo? Vm. no puede entrar á esta hora; lo veria todo el mundo.

Lussan. Tienes razon. Volveré á entrar quando hayan vuelto á trabajar. Hablemos un poco.

Frasq. ¿Y si nos pillan?

Lussan. No, no: díme, pues; díme, buena Frasquita, ¿descubres tú que mis cuidados empiezan á producir algun efecto en el corazon de Catalina?

Frasq. ¡O Vírgen! Señor, esas cosas nadie las conoce sino por sí mismo: ¿sabe vm.? Sin embargo, bien veo yo que le profesa á vm. bastante buena amistad. Bastantes veces va diciendo entre sí misma: "¡pobre Cárlos! ¡qué lástima »sería que se casase! ¡es un hombre tan de bien!... »y entónces dexaria de serlo bien pronto."

Lussan. ¡Qué idea! ¡qué monstruo ha sido capaz de sugerírsela! Y ella ¿quién es? ¿de dónde ha venido? ¿en dónde está su familia? ¿cómo? ¿nadie sabe aquí quién es?

Frasq. Nadie. Quando vino á establecerse á la

aldea, no traía consigo mas que una vieja, muy vieja, que murió á los quince dias... Hará de esto... sí; pronto hará dos años. La señora Marquesa estaba disgustada con su colono: Catalina le pidió la granja; la señora no queria confiársela, como que no la conocia; al fin se convino, y ahora está muy contenta, porque dicen que Catalina la da dos mil y quatrocientos reales mas cada año.

Lussan. ¡Ah, Frasquita!

Frasq. ¿Señor?

Lussan. ¡Qué infeliz soy!

Frasq. ¿Y por qué?

Lussan. ¿Puedes tú preguntármelo? ¿qué? ¿no ves que esta temeraria empresa, que jamas hubiera podido intentar sin tu auxîlio, vendrá acaso á hacerme la fábula de la quinta, y el objeto de la cólera de Catalina?

Frasq. ¡Bah! ¡Bah! ¡Qué bella reflexîon se le ocurre á vm.! yo sí, que verdaderamente corro mas peligro; y quando lo reflexîono se me pasma la sangre en el cuerpo... Si por desgracia la señora Catalina llegase á saber que la hemos engañado; que el que tiene por sobrino de la casera vieja de Lussan, es en realidad el noble se-

ñor de aquella aldea, y que me he atrevido á sostener por tres meses seguidos semejante enredo; puede vm. estar seguro de que todo el trabajo que hemos tomado para introducirlo aquí, y para ocultarlo, como se ha hecho á todos los que podian tener que hacer algo en la quinta, no vendria á parar mas que en hacerme despedir vergonzosamente de la granja; y esto es lo que me sucederá, sí; como vm. no consiga presto mudarla el humor que tiene contra los hombres. Vea vm. si estoy bien interesada en que se logre; vea si me expongo por servirlo... No porque me pesa: ¡ó! no me pesa ciertamente; porque vm. me ha dicho que la ama con honor, y para buen fin: ¿no es verdad, señor?

Lussan. Para buen fin, con honor, sí, hija mia. Así la amo, y así amarían todos los hombres, si todas las mugeres se pareciesen á Catalina; el cielo me es testigo de que si he formado el designio de curarla de su inexplicable preocupacion contra los hombres, si he concebido esperanzas de interesar su corazon, no es mas que para poner á sus pies por tributo mi fortuna, mi mano, todo lo que poseo en este mundo, y sacarla de un estado que no ha

debido... que no debe ser el suyo.

Enternecida.

Frasq. ¡Este buen señor! ¡cómo habla! ¡eso me llega derecho, derecho al corazon! Ande vm., señor; no se desanime: todavía no se ha perdido tiempo: la señorita Elisa no se casa aun, y yo sé de buena parte, que no es vm. en quien piensa para su boda.

Lussan. Sí; ¡pero su madre!... su madre que tiene noticia de mi riqueza, y de que Fierval nada tiene, ¿no ha de querer?...

Riéndose.

Frasq. ¡Bah!... ¡querer!... ¿Pues qué mi señora la Marquesa quiere algo?... Es la mejor pasta... Pero me parece que viene allí con la señorita... y se dirigen hácia aquí... Retírese vm., y vuelva á entrar en la granja lo mas pronto que pueda.

Lussan. Sí, hija mia, sí: sobre todo, á nadie descubras mi secreto; porque...

Frasq. Ni al mismo Enrique. ¡Así!...

Lussan. Yo confio en tu buen zelo; y tú debes confiar en mi agradecimiento.

Frasq. ¡O! retírese vm., que llegan.

Se va Lussan.

SCENA V.

Frasquita, Elisa, y la Marquesa.

Marq. ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡qué ambiente! ¡qué frescura!... ¡qué bello dia tendrémos!...

Frasquita la hace cortesía.

Buenos dias, chica... ¿Te incomoda ahora, hija mia, haber madrugado, para gozar el pomposo espectáculo de la salida del sol?

En todo su papel con ayre de petimetra.

Elisa. No, sin duda, señora; puesto que lo disfrutamos juntas: pero convenga vm. conmigo que jamas se ha visto levantarse dos mugeres ántes de la siete. Esto es exponer inutilmente la salud.

Riendo.

Frasq. ¡Bah! Señorita, yo estoy de pie todas las mañanas á las quatro, y no por eso estoy enferma.

Elisa. ¡Bella comparacion!

Marq. Está sacada de la naturaleza: y yo disculpo todo lo que es natural.

A Frasquita.

Dime, chica, ¿dónde está Catalina?

Frasq. En la granja, señora. ¿Quiere V. S. decirla alguna cosa? La iré á buscar.

Marq. Sí, sí: vé á decirla que haga traer debaxo de estos árboles pan, leche, y todo lo que se necesita para desayunarnos sin ceremonia. Nada hay mas sano, segun mi opinion, que un almuerzo á la rústica.

Elisa. ¡Cómo! ¿leche fria? ¿al ayre? Me muriera.

Frasq. ¡O! que no, señorita; no se morirá vm. La señora Catalina, y yo vamos á disponerlo todo con primor, y quando vm. tenga delante el desayuno, estoy segura de que hará todo lo que sea necesario para vivir.

Se va corriendo hácia la granja.

SCENA VI.

La Marquesa y Elisa.

Elisa. ¡Estos aldeanos gastan una familiaridad!

Marq. ¿Qué quieres, hija mia? En parte yo tengo la culpa. Establecida desde que enviudé, en esta hacienda, que es lo único que tengo; com-

prehendí desde luego la necesidad de hacerme amar de todos los que me rodeaban, y este deseo ha llegado á hacerse en mí tan excesivo, que á cada paso olvido que es necesario hacerme respetar.

Elisa. Bien se puede reunir lo uno y lo otro.

Marq. No siempre, hija mia, no siempre... Pero pues estamos solas este instante, hablémos seriamente. Tú tienes ya veinte años, es tiempo de pensar en tu establecimiento, y quiero tratar de él con formalidad. Eres bella como el amor, y es fortuna, porque no eres rica. Mi hermano Bonifacio de Orneville, á quien he esperado en vano largo tiempo, y que solo se habia dedicado al comercio marítimo con la idéa de rehabilitar nuestra fortuna, y volverla á su estado antiguo, parece que nos ha olvidado absolutamente, ó acaso habrá perecido en sus viages, pues hace siete años que nada he sabido de él. Además de esto, un hijo que habia dexado en París, heredaría con nosotros, y oí decir en el viage que hice á aquella capital, hace tres años, que gastaba un fausto capaz de destruir fácilmente el mas rico patrimonio; con que por este lado nos no queda esperanza alguna. Lussan

y Fierval, ambos mis amigos y vecinos, ambos de una clase, y de una edad conveniente, son los únicos á quienes no ha desanimado la mediania de nuestros haberes, y pienso que sería ya tiempo de elegir entre los dos. Dime la verdad: ¿á quál prefieres?

Elisa. ¡Preferir! aunque quisiese, ¿cómo podría? ¿No es el señor Fierval el único, cuya atencion y contínuos cuidados merecen justificar mi estimacion?

Marq. ¿Con qué lo amas?

Elisa. Yo no digo eso.

Marq. Y quando lo dixeses, ¿qué mal habia?... Es cierto que Lussan parece haberse entiviado visiblemente, y alguna vez he procurado indagar el motivo.

Con viveza.

Elisa. ¿Pues qué vm. lo ha conocido?

Marq. Y tú tambien me parece. ¿Pero qué te importa, puesto que te agrada Fierval? No está tan favorecido como Lussan de la fortuna, ni tiene ciertas qualidades esenciales que yo desearía en el que ha de ser tu esposo; pero es gallardo, amable; y si ha logrado interesarte, no tengo que pensar mas: os casaréis. Jamas me he

opuesto al gusto de nadie, y no he de empezar por tí.

Elisa. Doy á vm. mil gracias. Pero madre mia, no renuncie vm. tan fácilmente á la esperanza de volver á atraer al señor Lussan.

Marq. ¿Y para qué me he de cansar en eso? ¿No es Fierval el amante que has elegido, el que desde el primer instante ha fixado tus ojos, y que por la preferencia que le has manifestado, ha sido causa sin duda de la mudanza que advertimos en el proceder de Lussan?

Con despecho.

Elisa. Bien; yo lo concederé, si vm. lo manda: ¿pero no es cosa cruel para mí, ver retirarse al señor Lussan, ántes de haber descubierto mi intencion, y á vista de un rival para quien puede ser peligroso este exemplo?

Marq. ¡Ola! vé aquí una grande novedad. ¿Dónde ha aprendido vm. todo eso, señorita? ¿Cómo, cómo? ¿intriga?... ¿coquetería?... Ten cuidado, hija mia; advierte, que esas costumbres parisienses nada valen en una familia, y jamas estarán en moda en las aldéas. Es necesario ser constante, sí, hija mia; porque en asuntos de matrimonio...

SCENA VII.

Las dichas: Catalina baxando de su casa, y trayendo, como Frasquita que viene detrás de ella, todo lo necesario para el desayuno.

Al salir.

Catal. El asunto no vale la pena.

Marq. ¡Ah! ¿vé allí á Catalina? ¡qué bella muger!... Yo la amo con extremo.

Aparte.

Elisa. ¡Quando se ama á todo el mundo!...

Haciendo cortesía.

Catal. Estoy para servir á V. SS., señoras.

Marq. Buenos dias, hermosa Catalina. ¿Estás de buen humor esta mañana? ¿El dia será feliz?

Catal. Positivamente sí, señora, pues se me proporciona el gusto de empezarlo agradando á V. S.

A Elisa.

Marq. ¡Qué buen modo tiene!

Elisa. Demasiado bueno acaso para una aldeana. Yo gusto de oir á estas gentes el idioma que les es natural.

Disponiendo con Frasquita el desayuno, la mesa, &c.

Catal. ¿Quántos cubiertos, señoras?

Marq. Quatro. Sería necesario enviar á buscar esos caballeros.

Con viveza.

Frasq. Por lo que hace al señor Lussan, no lo encontrarán, señoras; porque hace una hora larga que lo he visto con su libro y su perro, que iba á pasearse hácia la granja del bosque.

A su madre.

Elisa. En tres meses será la primera vez que se le haya visto por la mañana.

Disponiendo siempre la mesa.

Catal. En efecto, ese caballero es bien solitario. Yo misma no he tenido aun el honor de verle la cara.

Aparte.

Frasq. Pues no es por falta de tenerlo delante.

Picada.

Elisa. Está bien, dexémoslo con sus imaginaciones: el señor Fierval nos desquitará, que á lo ménos piensa en nosotras.

Marq. Vé aquí su criado justamente.

SCENA VIII.

Los Dichos, y Enrique que viene por el lado que se fué.

Marq. Enrique, si tu amo se ha levantado, dile que le convido á venir aquí, que lo esperarémos para desayunarnos.

Enriq. Voy corriendo, señora.

Elisa. Enrique, ¿no vienes de hácia la granja del bosque?

Enriq. Sí, señora.

Elisa. ¿Has encontrado al señor Lussan?

Enriq. No señora.

Catal. ¡No! ¿cómo así? Frasquita acaba de verlo ir hácia allá.

Enriq. ¿Frasquita?

Acercándose á él.

Frasq. Sí, ciertamente que lo he visto; y vm. tambien, señor Enrique; estoy bien segura de que sí.

Aparte.

¿Quiere vm. decir que acaba de verlo ahora mismo?

Mirándola.

Enriq. ¡Ah! sí, sí; en efecto, creo que he descubierto á lo léjos un hombre...

Haciéndole señas de que convenga con lo que ella dice.

Frasq. ¿En trage de levantarse?

Enriq. Sí, sí; en trage de levantarse.

Frasq. ¿Muy pensativo?

Con impaciencia.

Enriq. ¡O! yo no he reparado en eso.

Frasq. ¿Con un perro y un libro?...

Con viveza.

Enriq. Un perro y un libro; eso es, señoras. Voy á avisar á mi amo.

Vase.

SCENA IX.

Los dichos, ménos Enrique.

A su madre.

Elisa. ¡Qué hombre! Con sus paséos misteriosos...

Marq. De todo eso hablarémos. Sosiégate.

Mirando la mesa.

Catal. ¡Bueno! Esto está bien así. ¡Ah! ¡el pan!

¡Se me olvidó! Frasquita, vé presto á traerlo de la granja.

Elisa. ¿Pan de labor? ¡Ah, bah! permita vm., señora, que Frasquita vaya por otro á la quinta.

Marq. Como tú quieras, hija mia.

A Frasquita.

Anda, chica.

Frasquita se va.

SCENA X.

Los Dichos, ménos Frasquita, que vuelve al fin de la scena.

A Elisa.

Catal. ¿Por qué desprecia vm. el pan de mi granja, señorita? Vm. no sabe quál podrá traerla á comer la suerte.

Con ironía.

Elisa. La profecía está bien colocada; pero me linsojéo de que no se verificará; y vm. habría podido ahorrármela.

Marq. Vamos: no te incomodes. ¡Miren qué gran mal! Eso es haber pasado en París algunos meses. Has traído de allí una cabeza dura, como

el mismo hierro; y un estómago perverso. Eso no me gusta, hija mia, y te aconsejo por tu propio interés, como por tu salud, que procures corregir lo uno y lo otro.

Catal. ¡Ah! señora; vm. me castiga con demasiada crueldad por una reflexîon que positivamente no hubiera arriesgado, á no hallar mi disculpa en el interés que inspira la señorita.

Con desden.

Elisa. Es mucha felicidad para mí el interesar á vm., señora Catalina.

Catal. ¿Y por qué no? Siempre lisonjéa el inspirar benevolencia; y el cariño de una simple aldeana tambien tiene su mérito, quando es franco y desinteresado como el mio.

Mirándola con atencion.

Elisa. Catalina, por mas que vm. diga, no me hará creer que ha nacido en el humilde estado en que ahora está. No puede vm. seguir dos frases sin desmentirse.

Marq. Mi hija tiene razon; y por lo que hace á mí, mas de una vez he pensado...

Interrumpiéndola con viveza.

Catal. Señoras, aquí está el señor Fierval.

SCENA IX.

Los dichos: Fierval, Enrique y Frasquita.

Sale riendo.

Fierv. ¡Es una apuesta!... Yo no lo queria creer.
Hace cortesía.
Dígame vm., señora, ¿de qué novela pastoril ha sacado la idéa de un desayuno, que nos roba inhumanamente dos horas largas de sueño?

Elisa. Mi madre es la que ha querido...

Marq. ¿Cómo? ¿Dormir todavía, haciendo una mañana tan hermosa, un fresco tan delicioso? La naturaleza...

Fierv. ¡Ah! sí, la naturaleza... Vm. gusta de ella, y tiene razon, preciosa mamá. Tambien á mí me agrada; pero no tan temprano.

Catal. Quando V. SS. gusten, señoras.

Fierv. ¡He! ¡aquí está nuestra linda labradora!... Buenos dias, ángel de mi corazon... ¿Me quiere vm. siempre mucho?
Haciéndole cortesía.

Catal. Como vm. merece.

Fierv. Bien: eso es una confesion ingenua; yo la

recompensaré en tiempo y lugar oportuno... Y esta chica... ¡Esta Frasquita!... Siempre está apetitosa.

La abraza. Frasquita avergonzada se limpia la mexilla, y se pone del otro lado de Catalina.

Sentada.

Marq. Vamos, vamos; aturdido: tome vm. su asiento.

A Elisa al sentarse.

Fierv. ¿Al lado de vm.? ¡Ah! estos son demasiados placeres á un tiempo... ¿Pero qué tiene vm., hermosa prima? ¿Sus ojos parecen eclipsados por alguna nube?

A media voz.

Elisa. Quando no fuese mas que las familiaridades de vm...

Fierv. ¡Ah! perdon... Vm. bien conoce la que llena mi corazon únicamente, y siempre le ocupará sola... *La besa la mano.*

Marq. Vaya, no hay que tener sujecion... ¿No he hecho yo llamar á vm., mas que para haber de ser testigo de sus empresas galantes?

Miéntras esta conversacion, Catalina y los otros dos sirven el desayuno.

Fierv. ¡Testigo!... ¡ah!.. mas bien sería vm. el objeto... sí... el respeto...

La Marquesa le impone silencio.

A propósito, mamá, ¿quándo tendrá vm. compasion de nuestros largos amores?

Con altivez.

Elisa. Pero, señor...

Fierv. Sí, sí, entiendo. Vm. no quiere que hable por sí. La decencia... ¡O! es justo. Pero yo, yo, que no tengo obligacion alguna de hablar de mala fé, confieso á vm. bella mamá, que no puedo sufrir por mas tiempo esta angustia; yo me muero, me abraso, me consumo; y es necesario, sí por mi honor, es necesario que vm. se decida en veinte y quatro horas, sino quiere verme víctima de alguna catástrofe. *Come.*

Con bondad.

Marq. Fierval, si la pasion de vm. á mi hija es tan viva como la pinta, pronto logrará recompensa; porque dentro de ocho dias, ya estará Elisa casada.

Admirada y triste.

Catal. ¡Casada!

Marq. Parece que te sorprendes.

Catal. Es así, señora.

Fierv. Pues nada hay mas sencillo. Quando en un mismo parage se juntan un hombre amable y una dama de mérito, forzosamente ha de resultar un matrimonio...

Aparte.

ó alguna cosa que se le parezca.

Marq. No parece que te convence, Catalina.

Catal. No por cierto, señora.

Fierv. ¿Y por qué?

Catal. ¡Hay tantas razones para apreciar la libertad!

Elisa. ¡Hay tantas para buscar la dicha!

Catal. La dicha... ¿Con un marido?

Marq. ¿Qué? ¿la crees imposible?

Suspirando.

Catal. Dificil, á lo ménos.

A Elisa.

Fierv. ¿No la advierte vm. cierto ayre de melancolía, que da gusto el verlo?

A Catalina.

Hermosa Catalina, ¿habrá vm. sido engañada en sus amores? Sería lástima, á fé de hombre de honor.

Sonriéndose.

Catal. Vm., señor, es demasiado bueno... Lo que me hace pensar así, es la memoria de una pobre señora, que fué víctima bien desgraciada de los suyos.

Fierv. Y bien, vm. nos contará esa historia: ¿no es así?

Catal. Mejor la recitaré en unos versos, hechos al intento.

Fierv. ¡Ah! Sí; tendrémos una relacion.

Catal. No señor, es una letrilla.

Fierv. Y el asunto es triste... Vaya, eso es admirable. Será como un saynete.

Marq. ¡Ah! veamos, veamos: es menester oirla.

Catal. Escuchen vms.

Muger niña y bella,
con dinero al canto,
de amor el quebranto
pronto ha de sufrir.
Por dó quier, su huella
siguiendo constantes
millares de amantes,
¿cómo podrá huir?
Al fin se resuelve,
y el favorecido

presta agradecido
de fé un juramento,
que se lleva el viento.
  Sus padres perdidos,
Julia en tiernos años
lloró los engaños
de su libertad.
Afectos fingidos
de un pobre imprudente
premió la inocente
con sinceridad.
Sus votos recibe
en donde el que ama,
consagra á su dama
de fé un juramento,
que se lleva el viento.
  Apénas se uniéron,
el señor sin tasa,
fuera de su casa
placeres buscó.
A Julia oprimiéron
mil penas fatales,
y á tan crudos males
pobreza siguió.
Sufre y disimula;

pero á piedad mueve,
que ruina tan breve
cause un juramento,
que se lleva el viento.

Perece el mudable,
Julia llora y siente;
mas solemnemente
huir jura el amor;
y ántes miserable
pasar triste vida,
que á un hombre rendida
conceder favor.

Viuda en edad tierna
con prudencia extraña
hacerse ermitaña...
No este juramento,
no lo lleva el viento.

Miéntras las dos estrofas últimas, Frasquita ha vuelto á poner en los cestos todo lo que ha servido para el servicio del desayuno.

Marq. Son muy buenos los versos

Elisa. Sí; no son malos.

Fierv. Encantan por vida mia.

Marq. Muy bien, Catalina, muy bien. Pero esta letrilla no advierten vms. que es...

A Elisa.

¿Qué te parece?

Elisa. Particular.

Marq. Particular. Sí, en efecto; muy particular. ¿No es cierto, Fierval?

Volviendo en sí de la suspension en que lo ha sumergido Catalina.

Fierv. ¡O! sí; preciosa.

Mirándolo.

Elisa. ¿En qué piensa vmd.?

A Elisa.

Catal. Y bien, señorita: ¿no asusta á vm. el exemplo de Julia?

Con frialdad.

Elisa. No, señora Catalina, no; no siempre se cede á una pasion loca, ni siempre se hace tan mala eleccion.

Con sentimiento.

Catal. Señorita, la pasion que dexa libertad para elegir, no adquiere mayor elogio para la que la experimenta, que para el desgraciado que la inspira.

Aparte, mirando á Catalina.

Fierv. Esta muger tiene algo de original. Pensaré en ella.

Observándolo.

Enriq. ¿Agrada, señor?

Fierv. Calla.

Elisa. ¿No volvemos á casa?

Marq. ¡Ah! sí: el tocador... Tienes razon. - A Dios, Catalina... - A propósito; mañana son dias de Elisa, los celebrarémos esta noche, te verémos en la quinta.

Catal. Ninguno de nosotros dexará seguramente pasar esta ocasion de ofrecer á la señorita el tributo de su respeto, y de su inclinacion.

Enternecida.

Elisa. Muchas gracias, Catalina.

Aparte al irse.

¡Muger singular!

Marq. A Dios, á Dios, Catalina. Hasta luego.

Se va con su hija.

Catal. Hasta luego, señoras. Vamos, Frasquita.

Divide con Frasquita lo que hay que llevar, y se encamina á la granja.

Que se ha quedado en la scena.

Fierv. Catalina, bella Catalina... ¿No podré decir á vm.?...

Sin dexar su camino.

Catal. ¿Qué, señor?

Fierv. Que vm. me ha encantado; que jamas podré experimentar cosa igual; que mi corazon...

Enriq. Señor, que miran á vm. las señoras...

Sonriéndose.

Catal. Vaya vm., vaya vm., caballero; siga á la señorita Elisa, y hará mucho mejor que en detenerse para burlarse de mí.

Fierv. ¡Ah, Catalina! no me haga vm. tal injuria. Vm. no puede, sin una crueldad inaudita, dudar de la fuerza de un afecto...

Se entra en su granja, volviendo á su refran.

Catal. "El asunto no vale la pena."

Fierv. Enrique, sígueme: tengo mil cosas que decirte.

Aparte, siguiéndole.

Enriq. ¡Otra tontería!

ACTO SEGUNDO.

La scena representa una pieza interior de la granja: á un lado el gabinete de Catalina, con algunos escalones para entrar en él, dispuesto de modo que se vea lo que pasa dentro: al otro una mesa con libros de cuentas: varios utensilios de una casa de labor colgados por las paredes: un harpa, algunos libros, una mesa para dibuxar, y varios quadernos de música, son los muebles del gabinete.

SCENA PRIMERA.

Catalina y Frasquita.

Catal. ¿Qué? ¿todavía no ha vuelto Cárlos?

Frasq. Pardiez ha estado aquí miéntras se desayunaban las señoras; y se fué cerca del mediodia para concluir no sé qué asunto con los jornaleros de la viña... Habrá comido allá... puede ser... y no tardará positivamente en volver.

Catal. Bien, quando quiera. Desde esta mañana lo estoy esperando para arreglar las cuentas, y no por eso se ha dado mas prisa.

Frasq. ¡O Vírgen! Señora, tiene tantas cosas en que pensar; todo está á cargo del pobre señor Cárlos, y esta granja no dexa de ser...

Con interés.

Catal. Sí. Debe hacérsele esa justicia. Desde que está aquí, casi nada tengo que hacer. - Y en este momento... no, en este momento tampoco.

Distraída.

Voy... sí, voy á encerrarme un rato.-Vete.-¿Frasquita?

Volviendo.

Frasq. ¿Señora?

Catal. Escucha, Frasquita.-¿Qué significa la familiaridad con que te he visto tratar á Enrique no ha mucho? Tú te pusiste colorada quando llegó; él tartamudeaba en sus respuestas á nuestra ama jóven. ¿Qué quiere decir esto?

Sonrojándose.

Frasq. ¿Yo colorada quando llegó?

Catal. Sí; y ahora te sucede lo mismo.

Con sencillez.

Frasq. Pues no hay porqué en verdad, Señora Catalina.

Catal. Así lo creo. Pero respóndeme. ¿El te ama?

Con timidez.

Frasq. Sí, señora.

Catal. ¿Y tú le correspondes?

Lo mismo.

Frasq. Sí, señora.

Aparte.

Animo.

Catal. ¿Y pensais casaros?

Frasq. Pero... Ya se vé que sí, señora Catalina; despues que vm. nos haya dado licencia.

Catal. ¿Y si yo no la diera?

En tono cariñoso.

Frasq. ¡O! que sí.-¡Vm. es tan buena! ¡Enrique y yo querémos á vm. tanto! Yo me pondré tan contenta... tan contenta de ser su muger...

Catal. ¡Frasquita!

Frasq. ¡Señora Catalina!...

Catal. ¿Qué? ¿no te acuerdas de lo que yo te he dicho?

Frasq. ¿Qué, señora?

Catal. Que jamas debes esperar casarte con mi consentimiento.

Triste.

Frasq. ¡Ah!... Se me habia olvidado, señora Catalina.

Catal. Pues recuérdalo, y no lo vuelvas á olvidar.

Asustada.

Frasq. Ah... ah... ¡Que es formalmente!...

Catal. Formalmente, sí.

Frasq. Pero, ¿por qué motivo?

Catal. No me hagas preguntas inútiles; piensa solamente en lo que te digo.

Frasq. ¡Ay Dios mio! ¡Demasiado pienso!... El pobre Enrique... Si vm. supiera la pesadumbre que va á tener... El creía, y yo tambien, que no siempre estaría vm. tan enfadada contra los hombres, y que haciendo sus paces con el matrimonio, nos dexaría tambien trabar conocimiento con él...

Con viveza.

Catal. ¡Yo! ¡yo! ¡volverme á casar!...

Aparte, repitiendo.

Frasq. Volverse á casar.

Continuando.

Catal. Jamas; no: jamas un hombre me volverá á ver baxo su dominio; y pluguiera al cielo, que me fuese permitido romper hasta el último lazo que me une á su sociedad... ¡Cárlos no vuelve!

Sonriéndose.

Frasq. Vm. no quiere vivir mas entre los hom-

bres, y vea como pregunta por uno.

Catal. Hay mucha diferencia; porque ese es necesario aquí..

Casi llorando.

Frasq. Y si Enrique me es necesario á mí, ¿cómo haré para pasar sin él?

Con seriedad, y entristeciéndose poco á poco.

Catal. Yo no me esperaba tanta terquedad... Pues bien, señorita, siga vm. su inclinacion: despósese con su querido Enrique; yo no dexaré por eso de hacer en favor de vm. quanto me sea posible, para suavizar con anticipacion los males que se empeña en atraerse. Pero una vez puesta vm. en su casa, no solicíte verme, ni venirme á contar sus penas; no quiero añadir á la memoria de mis desdichas, la noticia de las de una jóven á quien tenia inclinacion. Vm. no ha correspondido á mi ternura: vm. quiere dexar á aquella, que hasta la muerte la habria servido de madre y de amparo... Déxela, pues, déxela; no será el primer beneficio, porque yo me haya visto castigada.

Sollozando.

Frasq. ¡O Dios! Señora Catalina, ¿qué la he hecho yo á vm. para que me diga esas cosas?...

¡Ay! perdóneme vm., perdone á Frasquita si la ha ofendido. Mejor quiero yo renunciar por toda mi vida al amor, á los hombres, á todo el mundo, que dar jamas el menor disgusto á mi buena ama... *Se arrodilla.*

¡Perdon, perdon; mil veces perdon!...

Enternecida.

Catal. Levanta... levántate, hija mia... yo no sé porqué te he dicho todo eso... Levanta; vamos, Frasquita: soy yo quien me arrepiento de haberte dado pesadumbre... Bien ves, que nunca debiamos hablar de boda, bien lo ves... No volverémos á hablar, ¿es verdad? Vamos, vamos: enxuga tus lágrimas; abrázame, y todo se acabó.

Despues de haberla abrazado.

Frasq. ¡O! yo la aseguro á vm., que no hablaré mas de ello. ¡Ay Dios mio!

Suspira.

Yo iba á ponerme á trabajar, señora: ¿y vm.?

Catal. Yo voy á encerrarme algunos momentos en mi gabinete; que no me interrumpan: necesito entregarme un rato á mí misma.

Se pasa la mano por la frente, sube algunos escalones, y se vuelve.

¡Ah! quando á Cárlos le dé gana de volver, dile

que sus cuentas necesitan... No, no: no le digas nada: Yo me encargaré de ellas.

Frasq. Muy bien está, señora.

Sola.

¡Ah Dios! ¡Dios, que sois mi Salvador! ¡Qué va á ser de mí! El pobre Enrique... El amable señor Lusan... ¡Ah! jamas... no, jamas... no hay medio.

Catalina entra en su gabinete: no se la ve durante un poco de la scena siguiente, y vuelve despues á ponerse á dibuxar.

SCENA II.

Lussan y Frasquita.

Llegando con precipitacion.

Lussan. ¿Aquí estás, Frasquita?

Frasq. Silencio, señor, silencio: la señora Catalina está allí.

Agitado.

Lussan. ¿Está allí, dices? Tanto mejor: voy á hablarla... sí, á hablarla... es absolutamente preciso.

Frasq. ¿Pues qué ha sucedido, señor? Vm. está yo no sé cómo.

Lussan. Estoy en la crisis, que temia esta mañana. Acabo de tener una conversacion con la Marquesa de Armincur, en que apénas me ha bastado toda mi prudencia para no descubrirme. Parece que queria penetrar mis intenciones: me ha prevenido para una próxîma decision; y miéntras la comida, nada ha omitido Elisa para volverme á atraer á su amor. Ignoro de qué nazca este capricho: no sé á qué atribuir: estoy desesperado.

Frasq. ¡Ay señor! pues yo no tengo mejores nuevas que dar á vm. La señora Catalina acaba ahora mismo de hablarme del amor, del matrimonio. Yo quise aprovechar la ocasion, y decirla lo que pensaba; pero me ha tratado.... Vea vm. mis ojos, todavía estan encarnados...

Lussan. Quiero declararme. Es preciso. Estoy resuelto absolutamente: no puedo resistir por mas tiempo este estado: y segun lo que sucede en la quinta, es necesario que mi suerte se decida aquí... hoy mismo.

Frasq. Todo se va á echar á perder. Por amor de Dios mire vm. lo que hace; no se exponga.

Lussan. No, no; déxame.

Frasq. Vm. está muy agitado, señor: yo temo...

Lussan. Déxame te digo.

Frasq. Pues quede vm. con Dios.-A lo ménos no la hable al instante. Acaba de decir que no se la incomode, que queria estar sola consigo misma.

Lussan. No, no; yo esperaré. Me pondré á trabajar miéntras baxa.

Frasq. Vamos... ya me voy... quede vm. con Dios.

Se va manifestando su inquietud.

SCENA III.

Lussan en la mesa de escribir, y Catalina dibujando en su gabinete.

Lussan arregla los papeles, cuenta, escribe, y de tiempo en tiempo para, mientras habla.

Lussan. Sí, sí; la hablaré... veré... penetraré acaso... pero ¿cómo me he de atrever?... Yo, que jamas... ¡Ah! muchas veces he experimentado, y sobre todo junto á ella, que siempre faltan las palabras quando abundan los pensamientos.

Catal. ¡Precioso entretenimiento son las artes! No hay pasion, por fuerte que sea; no hay pena tan activa, que dexe de ceder á su consuelo ú distraccion.

Lussan. ¡Y la jóven, cuya mano he solicitado yo; y que parece que reclama el afecto que ha guiado mis primeros pasos!...

Mirando su obra.

Catal. ¡Bella es esta cabeza!... Veamos, no obstante, si con otras facciones...

Dibuja con el lapiz en otro papel.

Lussan. Si al ménos fuese mas rica; si Fierval tuviese mas haberes, no habria sospechas contra mi pundonor, y veria con tranquilidad su suerte.

Mirando lo que acaba de hacer.

Catal. Por mas que hago, ninguna novedad hallo en mis líneas. Siempre los mismos ojos, la misma boca.

Vuelve á tomar el dibujo anterior.

Verdaderamente esta cabeza no está mal... es cosa particular que un hombre comun... ¡ah!

Se levanta.

Yo no estoy en mí.— Veamos si puedo hacer algunos versos.

Se levanta, y queda suspensa.

Lussan. Pero esta muger; esta muger, léjos de la qual conozco que no puedo vivir; que me detesta acaso... pero no... no me detesta. Un amor como el mio no puede inspirarse sin sentir algu-

na cosa de él... Y si no me engaña esta idea, si es tanta mi fortuna, qualquiera que sea tu condicion, ó Catalina, te ofrezco, te juro, que nada en el mundo será capaz de estorbarme que una mi destino al tuyo...

Catalina se vuelve á sentar, toma papel y pluma: él se levanta, y la observa recatado.

Pero ¡qué veo! Parece que va á escribir... observémos.

Catal. ¡Genio de la dulce poesía! ¡encanto seductor de mi triste exîstencia! Sírveme para interpretar mis verdaderos afectos, y consuélame de una pena, cuya causa no me atrevo á profundizar.

Lussan. ¡Si yo pudiese averiguar lo que escribe!... ¡ah! *Se acerca, y escucha.*

Catalina escribiendo.

En el tiempo, en que nos niega
la razon su luz brillante,
á un ingrato, á un inconstante,
hice de mi pecho entrega.
Y aunque fué mi eleccion ciega,
mientras subsistió su ardor,
dar pudo envidia mi error;

con que me hallo convencida
de que en toda nuestra vida
solo da dichas amor.

Hablando consigo.

Lussan. ¡Qué concepto! ¡qué fluidez! Jamas una aldeana ha hecho versos de esta calidad.

Catalina escribiendo.

De mi mal, de mis pasiones
apénas convalecí,
quando vivas siento en mí
las propias inclinaciones.
No me bastan reflexîones;
y á pesar de mi dolor,
del Dios vendado el rigor
hizo en mi pecho una herida,
que prueba que en nuestra vida
solo da dichas amor.

Repite fuera de sí el último verso.

Lussan. "Solo da dichas amor."

Admirada dexa de escribir.

Catal. ¿Quién me escucha?

Lo vé.

Qué ¿es vm., Cárlos?

Con turbacion.

Lussan. Vm. estaba escribiendo, y hablaba en

voz alta... el último concepto alcanza á todos... y yo lo repetí.

Baxando de su gabinete.

Catal. Muy bien. Pero ¿hace mucho que vm. llegó?

Lussan. Algunos momentos ántes de empezar vm. la primera décima, que es muy bonita.

Con viveza.

Catal. ¿La oyó vm. toda?

Apasionado.

Lussan. No he perdido una palabra.

Aparte.

Catal. ¡Imprudente!...

A él.

Cárlos, no estoy muy contenta con vm.; pues no solamente abusa de la licencia que le he dado de retirarse por las noches en casa de sus padres, sino que hace vm. falta aun en las horas que debiera estar aquí de dia. Esto no va bien.

Lussan. ¡Ah! Vm. perdone. — Es cierto que la precision en que estoy de ir á pasar todas las noches en Lussan, me quita mucha parte del tiempo que quisiera consagrar á vm.; pero mi obligacion no se perjudica. Esta mañana he concluido el asunto pendiente con Roberto: acabo de ver á los jornaleros de la viña; y aquí estan

las cuentas, falta poco para estar arregladas. Crea vm., la suplico, que mi mayor pena sería verla enfadada conmigo.

Catal. ¿Enfadada?... En verdad, Cárlos, que estoy muy léjos de eso. A ver las cuentas.

Lussan. Aquí estan. No queda, como se ve, mas que lo que vm. misma se tomó el trabajo de escribir esta mañana en esta hoja separada, que ahora voy á trasladar.

Catal. Está bien. Copielo vm. pronto, y forme despues una cuenta clara y precisa del producto del año; que esta noche, quando vaya á la quinta, quiero entregarla á la señora.

Asustado.

Lussan. ¿Esta noche va vm. á la quinta?

Catal. Sí. Vm. me ha manifestado alguna repugnancia de presentarse allí; con que quiero aprovechar la ocasion que se me presenta de evacuar por mí misma una comision, de que parece que vm. no cuida mucho.

Poniéndose á escribir.

Lussan. Es verdad... No me gustan las grandes concurrencias.

Suspirando.

Catal. Ni á mí tampoco.

Toma la almohadilla de coser, y va á sentarse al otro lado del teatro.

Pero mañana son dias de la señorita: el año pasado estuvímos todos, y este es forzoso ir tambien. Además hablan de boda, y la señora acaso se alegrará de saber el estado exâcto de sus rentas: yo lo llevaré, y... ¿En qué piensa vm., Cárlos, que no escribe?

Turbado.

Lussan. No lo niego, señora. Tengo en este instante tales motivos de preocupacion, que me es imposible hacer cosa alguna.

Con bondad.

Catal. Pues bien, bien, descanse vm. ¿Acaso le impongo yo una tarea? Dexe ya las cuentas. ¿Me mira vm.?... ¿se agita?... ¿qué es? Vm. me da cuidado.

Lussan. Señora...

Catal. ¿Tiene vm. algo que decirme?

Lussan. Sí señora.

Con interés.

Catal. Pues bien, declárese vm. ¿No soy yo su amiga? Venga vm. aquí, Cárlos, y hablémos.

Dexa su labor, y le señala una silla cerca de ella.

Aparte al sentarse.

Lussan. ¡O Dios! ¿por dónde empezaré?

Aparte.

Catal. ¿Por qué me palpita el corazon?

Lussan. Señora...

Catal. ¿Qué?

Aparte.

Lussan. Disimulemos aun, si es posible.

A ella.

Señora... tengo que consultar con vm. un proyecto, que me aflige mas de lo que yo puedo explicar. Vm. me ha manifestado tantas bondades desde que mi fortuna me colocó en su casa, que no dudo hacerla una entera confianza, y espero...

Con interés.

Catal. Veamos, Cárlos, ¿de qué se trata?

Lussan. La tia anciana, en cuya casa vivo... y de quien espero los pocos bienes que pueden tocarme...

Catal. ¿Y bien?

Lussan. Quiere que me case.

Sumamente admirada.

Catal. ¿Vm.?

Lussan. Sí señora; yo.

Catal. ¡Ah! ¿y es eso lo que vm. me viene á consultar?

Lussan. Sí señora. He creido...

Con una especie de enfado.

Catal. ¡O mi Dios! en esas cosas no hay que tomar consejo de nadie mas que de sí mismo. Su tia de vm., dice, quiere que se case, ¿y esto le aflige?... No, amigo, no; eso no lo aflige á vm. Su tia quiere su bien, y lo estima: le habrá averiguado, sin duda, algun capricho á favor de alguna jóven tierna, sencilla y crédula, á quien vm. adorará el primer mes de su matrimonio, á quien descuidará el segundo, y á quien aborrecerá el tercero: esto es claro. En todo ello no hay nada que no sea muy comun; y me admiro de que vm. haya creido necesario consultarme sobre semejante asunto.

Lussan. Pero señora...

Interrumpiéndolo con viveza.

Catal. Puede ser que vm. temiese que yo quisiera despedirlo. No eran necesarias tantas ceremonias para solicitarlo. Cárlos, vm. es libre, absolutamente libre... Vaya, que es menester confesar que el dia de hoy es extraordinario. Parece que de todos los que me rodean se ha apoderado un

hechizo matrimonial, que me persigue, y me atormenta... ¡He! cásese vm., cásense todos de una vez, y déxenme en paz.

Arrimándose á ella con ayre de confianza.

Lussan. Pero advierta vm. que si yo estuviese decidido, no la consultaria: que estoy muy distante de consentir en la boda que me proponen: que la reuso quanto me es posible; y que mi repugnancia no nace de otra cosa que de una pasion, que causa todos mis tormentos, y de la qual á nadie he hablado todavía.

Con dulzura.

Catal. ¡Ah! eso es otra cosa... ¡Pobre Cárlos!... ¿vm. ama, amigo?

Mas animoso.

Lussan. Yo amo una muger.... que aun no conozco.... y que no obstante parece que ganaria en hacerse conocer. Una muger, cuyo talento y carácter bastarian para cautivar mi inclinacion, quando su atractivo no me hubiese ya rendido: una muger, en fin, á quien de nada se puede acusar.... sino del profundo misterio que la rodea: misterio que daria márgen á extrañas conjeturas, si la virtud mas austéra no gobernase todas sus acciones; y si, de mucho tiempo á esta parte, no

hubiese manifestado contra los hombres una preocupacion... de que yo soy la primera y mas desgraciada víctima.

Confusa.

Catal. Cárlos, ¿sabe vm.?... que habla bien.

Con ternura.

Lussan. ¡Ah mucho mejor hablaria si se dignasen de responderme!

Turbada.

Catal. No siempre son las mas expresivas las respuestas que llegan al oido.

Con ardor, tomándole la mano.

Lussan. No, sin duda; y si yo me atreviese á lisonjearme...

Con seriedad.

Catal. Dexe vm. mi mano, Cárlos. — Y bien, esa muger que no responde ¿es rica?

Conteniéndose.

Lussan. Para mí á lo ménos lo es; y eso es lo que me ha detenido mucho tiempo. — No tengo casi nada que esperar, y temo que la oferta de lo poco que valgo le parezca indigna de ser admitida.

Afectuosamente.

Catal. Desengáñese vm. Cárlos: las mugeres son

naturalmente tiernas y generosas: yo conozco alguna para quien es mas peligroso el amor de un hombre de bien desgraciado, que el rendimiento fastuoso de todas las riquezas de la tierra. — Pero...

Lussan. Continúe vm. la súplico.

Animándose por grados.

Catal. ¿Dónde puede hallarse un corazon verdaderamente sincero? ¿quál será el hombre que no tenga que acusarse en el discurso de su vida de haber causado la desgracia de alguna muger? ¿quál es la muger que una vez á lo ménos no haya sido víctima de su sensibilidad? ¿y se admiran de que se hagan falsas, malvadas, inconseqüentes... y algunas veces otras cosas peores?... Pues todo depende del primer paso que dan en el mundo. Unicamente entregadas al atractivo seductor de un afecto, de que su corazon está ansioso, sobre todo en aquella edad en que no atienden mas que al placer, y no conocen, que su felicidad, que su suerte toda está unida á las conseqüencias de aquella impresion fatal; y alguna de ellas, que dichosa y recompensada en su eleccion hubiera pasado la vida llena de dulzuras entre las apreciables obligaciones de un

verdadero amor, y las satisfacciones inestimables de la virtud, irritada y envilecida por la conducta del que la seduxo, se entrega á todos los vicios, cuyo camino le ha enseñado aquel terrible exemplo, tomando de este modo venganza de sus penas pasadas en quantas víctimas inocentes pueden atraer sus encantos.

Lussan. ¡Cielos! ¡habrá vm. tal vez estado expuesta á esos horrores, y la idea de una venganza semejante!...

Con nobleza.

Catal. No; nada tengo de que acusarme: el consuelo de esta verdad me ha seguido en todas partes, y hasta ahora me alivia. Pero seduccion, desdenes, abandono, ingratitud la mas indigna, todo, todo lo he experimentado. ¡Ah! Cárlos... Cárlos... ¡quánto he padecido!

Con el mayor interés.

Lussan. Hable vm.: confie en fin á mi pecho este secreto incomprehensible para todo el mundo. No hay amigo mas tierno, ni que mejor merezca ser depositario de él.

Catal. Le creo á vm. Mi repugnancia á la sociedad: la misantropía que me cansa, y á la qual debo no obstante el sosiego que disfruto hace

algun tiempo, no pueden resistir á la sencilla confianza que vm. me manifiesta. Sepa, pues, que yo no soy la que parezco: que un nombre ilustre, una riqueza inmensa fuéron en otro tiempo... Pero alguien viene... ¡ah cielos!

Aparte.

Lussan. ¡Qué contratiempo!

Se vuelve á poner á escribir, y Catalina vuelve á tomar su labor.

SCENA IV.

Los dichos: Enrique y Frasquita disputando.

Frasquita queriendo estorbar á Enrique que entre.

Frasq. Pero quando le digo á vm. que no se puede...

Enriq. ¡Eh! pardiez, señora Frasquita, déxeme vm. que la hable: jamas se han visto tales ceremonias en casa de una labradora... Perdone vm. señora Catalina; es que la señora Frasquita queria estorbarme que cumpliese con una comision que interesa infinitamente el sosiego de mi amo... Segun él dice... á lo ménos... se trata de una carta, que es esta, cuya respuesta espera.

Admirada.

Catal. Una carta... ¿á mí?

Enriq. Sí señora.

Catal. ¿De su amo de vm.?

Enriq. Sí señora, del señor Fierval. Yo se la he visto escribir.

Abriéndola.

Catal. Veamos, pues. *Lee.*

Aparte, con viveza.

Lussan. ¡Fierval!

Pone el oido.

Enriq. Hei.

Descubre á Lussan.

¡O! ¡o!

A media voz.

Frasq. Calle vm.

A Frasquista en el mismo tono.

Enriq. ¿Porqué acaso el señor Lussan?...

Imperativamente.

Frasq. Calle vm. le dicen.

Enriq. Pero si veo....

Enfadada.

Frasq. Vm. ve al reves.

Un poco mas alto.

Enriq. Pero aunque fuera el diablo, si estoy vien-

do al señor Lussan.

Curiosa.

Frasq. Y yo le digo á vm., que no es él, que lo sostendré, y que vm. lo creerá.

Enriq. ¡Ah! entendámonos. ¿Por qué era menester, que yo lo hubiera visto esta mañana, y ahora es menester que no lo vea?

Sin dexar la carta.

Catal. No interrumpan vms. al pobre Cárlos.

Pasmado.

Enriq. ¡Cárlos!

Frasq. Sí, Cárlos. ¿Lo entiende vm. ahora?

Mirando á Catalina, y á Lussan.

Enriq. ¡Ah! ¡ah!

Dando un bolsillo á Frasquita.

Lussan. Que tome, y calle.

En voz baxa á Enrique.

Frasq. Tome vm.; reciba eso, y mienta, si es posible.

Reusa riéndose admitirle.

Enriq. No lo admito; mas quiero mentir de valde.

Frasq. En hora buena.

Vuelve á llevar el bolsillo á Lussan, que quiere que ella lo guarde: ella tampoco lo admite.

Consigo misma, acabando de leer la carta.

Catal. ¡Qué estilo!... ¡Qué costumbres!... Y la Marquesa de Armincur sacrificará su hija á un hombre semejante...

Enriq. Y bien, señora, ¿la respuesta?...

Catal. Diga vm., señor Enrique á su amo, que yo misma la llevaré esta noche.

Enriq. ¿A dónde, señora?

Catal. A la quinta.

Enriq. ¿A qué hora?

Catal. A la hora de ir todos.

Enriq. ¿En qué parage?

Con frialdad.

Catal. Ya lo verá vm. *Guarda la carta.*

A Lussan al irse.

Enr. El señor Cárlos no quiere nada para la quinta.

Lussan. ¡O! sí por cierto.

Baxo á él.

Tengo que ofrecer á vm. una buena colocacion en mi casa, ó una excelente paliza.

Hace cortesía, y se vuelve á Frasquita.

Enriq. ¿Y la señora Frasquita?

Frasq. Mi boda, ó cien bofetadas... Vea vm.

Enriq. Está hecha mi eleccion... servidor de vms.

Hace cortesía, y se va.

SCENA V.

Los mismos, ménos Enrique.

Con seriedad.

Catal. Tu Enrique se ha encargado de una comision infame, Frasquita.

Vergonzosa.

Frasq. Si yo supiese lo que era, señora Catalina, se lo avisaría para que otra vez se recelase de esos encargos.

Inquieto.

Lussan. Luego esa embaxada contiene alguna cosa extraordinaria.

Catal. ¡O! no: al contrario; nada hay mas comun que ver á los jóvenes sin honor imaginarse que todas las mugeres se les parecen; pero sus ultrajes no llegan mas que á las que estan á su alcance; y yo les soy muy superior. Lea vm., y verá.

Toma la carta, y lee.

Lussan. "Vm. es prodigiosamente amable, y yo » estoy enamorado por cien personas á un tiem- » po. Nuestras edades, nuestras gracias, nues-

» tro talento, todo es conforme. Solo se diferen-
» cian en algo nuestras exîstencias morales: pero
» mi amor se resuelve con gusto á vencer la
» distancia que nos separa, sin exîgir ni aun que
» vm. me lo agradezca. Fiese vm. del juramento
» que la hago de amarla hasta la eternidad, y
» además esté segura de que el matrimonio de
» pura conveniencia que me hacen contraer con
» la jóven Elisa, no me impedirá pasar toda mi
» vida á los piés de vm. Abur: consúltese vm. á
» sí misma sobre el asunto; espero su decision
» con una impaciencia que no puede imaginarse.
» Fierval."

Aparte.

Lussan. ¡Insolente!

A ella, volviéndola la carta.

No es menester mas que tener alma para conocer que el amor no se explica de este modo.

Riéndose.

Frasq. ¡Hay picarilla de carta! yo lo sospechaba.

Catal. Esta carta, hija mia, debe ser para tí una nueva razon de huir de Enrique. El criado de un hombre de esta clase, no puede serte conveniente.

Triste.

Frasq. ¡O! buen Dios. Yo obedeceré á vm. si es absolutamente necesario... Pero él vuelve, creo...

Corriendo hácia Enrique.

Sí, ciertamente; él es.

Mirando á la puerta.

Lussan. ¡Y trae á otro!

Catal. ¿Otro? ¿quién?

SCENA VI.

Los dichos, Enrique, y Bonifacio de Orneville.

Ayudando á andar á Bonifacio.

Enriq. Entre vm., señor, entre vm.: mejor estará aquí dentro. Señora Catalina, aquí viene un caballero que acabo de encontrar inmediato á la puerta. Su silla se habia roto; lo he visto caído, lo ayudé á levantarse, y lo traigo aquí: ¿tendrá vm. la bondad de permitir que descanse un instante en su casa?

Catal. ¿Qué dice vm., Enrique? Eso es hacerme un verdadero obsequio... Siéntese vm. caballero.

A Bonifacio.

Qué demudado está vm. ¿Quiere vm. tomar

alguna cosa? ¿Está lastimado? Una caída de esa clase...

Siempre en tono de bondad y grosería á un tiempo.

Bon. ¡O! no es nada. Muchas gracias. Me he estropeado un poco el tobillo... pero no es cosa... Si vm. quisiese hacerme dar de beber; tengo una sed de todos los diablos.

Apresurada.

Catal. Al instante, señor... ¿Frasquita? pronto un vaso y un plato... Cárlos, haga vm. compañía á este caballero... yo voy... al instante, señor, en el momento... No se impaciente vm.

Va á buscar el vino, miéntras Frasquita enxuaga un vaso.

Mirando á Catalina al irse.

Bon. Esta muger tiene muy buen modo... es linda... ¿Quién es?

Enriq. Señor, es una labradora que administra esta granja.

Con interés.

Lussan. Sí señor, es una labradora.

Bon. Lo creo... Me ha parecido muy bien... ¿Pero en qué parage me hallo?

Enriq. En la granja de Armincur, cuya quinta está á doscientos pasos de aquí.

Gozoso.

Bon. ¡En Armincur estoy!... Dios sea alabado. Mi silla hizo bien en romperse; puesto que he llegado al término de mis peregrinaciones.

Lussan. ¿Conoce vm. á alguien en la quinta?

Riéndose.

Bon. Sí: tengo en ella algunas pequeñas conexîones. Mi hermana y mi sobrina no mas.

Aparte.

Lussan. ¡Ah! cielos.

Continuando.

Bon. Admiren vms. el capricho de mi suerte, que por diez años contínuos, me arroja ya á un polo, ya á otro, me hace el juguete de todas las casualidades posibles, y al fin me permite realizar una miserable cantidad de dos ó tres millones, que me han costado mas trabajo... Llego á Francia, corro á París con la esperanza de hallar un hijo que habia abandonado quizá con demasiada dureza... lo busco... me informo... ¡Bah!... ha muerto... su viuda se la llevó el diablo, y cánteme vms. aquí con la boca abierta sin saber qué hacer de mis bienes. Un bello dia me acuer-

do de que en el centro de la provincia de Berry tengo una hermana y una sobrina que se están muriendo de hambre en el seno de la herencia de sus mayores... Vuelo á repartir con ellas el fruto de mis mezquinos trabajos, y casi á su puerta me rompe una pierna un postillon maldito, que el cielo confunda.

Vuelven Catalina y Frasquita.

Muchas gracias, señoras.

Bebe.

Es excelente este vino.

Vuelve el vaso.

Lo agradezco mucho.

Catal. ¿Cómo se siente vm.?

Bon. Mejor, mucho mejor; ese vaso me ha hecho gran bien: estaba muerto de sed.

Catal. ¿Le parece á vm. tal qual?

Bon. Excelente, á fé mia.

Volviendo á echar vino.

Catal. Pues bien; vuelva vm. á beber: esto no puede hacerle mal.

Con alegría.

Bon. Enhorabuena. Lo ofrece vm. con tan buena gracia, que en verdad...

Bebe.

Ya basta.

Enriq. Señor, si vm. lo permite, tendré el honor de guiarlo á la quinta. Yo estoy en ella.

Bon. Con mucho gusto, amigo. Pero ántes... díganme vms., ¿mi hermana está aquí bien querida? ¿Mi sobrina es llana, afable, bienhechora? Vms. deben saberlo; digánmelo sin rodéos, que me harán un gusto.

Admirada.

Catal. ¿Habla vm. de la Marquesa de Armincur, y de su hija?

Bon. Sí; mi hermana y mi sobrina. Si fuesen por casualidad altivas, orgullosas, duras con sus dependientes, me vuelvo á marchar tan presto como he venido, y voy á derramar un beneficio en qualquier parte donde halle un desgraciado, que gracias á Dios en ninguna falta... Si por el contrario, son tales como yo deseo, si encuentro en fin su elogio en los corazones de vms., no vengo á aumentar su fortuna mas que para proporcionarlas medios de mejorar la de todos. Así que, hablen vms.; repito que me harán un gusto.

Catal. ¡O! mi señora la Marquesa es muy buena ama.

Enriq. El alivio de los pobres.

Frasq. La madre de los huérfanos.

Lussan. La mejor de las mugeres.

Bon. Y su hija... Nada dicen vms...

Se miran unos á otros.

Está entendido.

Con viveza.

Catal. Perdone vm., señor. Es hermosa. ¿No es verdad, Cárlos?

Con viveza.

Lussan. Sí, sí; es bastante bien parecida.

Bon. No es su cara por lo que yo pregunto. ¿Qué me importa que sea negra ó blanca, fea ó bonita? Los dones sólidos y esenciales, las qualidades del alma, esto es de lo que yo me informo, á esto pido respuesta; pero me parece...

Con bondad.

Catal. Señor, aun es muy jóven; pero no dudamos de que algun dia su carácter, sostenido de los consejos de vm., y del exemplo de su madre, corresponderá bien presto al atractivo de su amable figura.

Bon. Vm. la disculpa: muy bien... ¿Hablan de casarla pronto?

Catal. Sí, señor: vm. hallará en la quinta dos su-

getos, entre los quales no tardará en elegir la señora... Un tal señor Fierval, y el señor de una pequeña aldéa que está á dos leguas de aquí, que se llama Lussan.

Como haciendo memoria.

Bon. ¡Lussan!

Con viveza.

Lussan. ¡O! en quanto á ese no hay que hablar de él. Dudo mucho que el señor lo vea en la quinta.

Bon. ¿Por qué?

Comprehendiendo la idéa de Lussan.

Enriq. A fé mia que haría bien en no volver á parecer. La señorita Elisa, dicen que no lo quiere, y para ser simple testigo de la boda de su rival; no merece la pena...

Bon. Tanto peor. Mi sobrina ha hecho muy mal en alejar á ese jóven; debe ser un mozo apreciable: creo haber oído hablar de él... si, efectivamente, quando pasé por París me dixéron mucho bien. Vamos, vamos: voy á informarme exâctamente de todo...

A Catalina.

A Dios, señora, doy á vm. gracias afectuosamente; vm. es política, insinuante, y tiene ade-

más cierto ayre... ciertas facciones... Yo volveré freqüentemente á esta granja: vm. me lo permitirá, ¿no es así? abur, madama.

A Lussan.

Buenos dias, amigo.

A Enrique.

Deme vm. la mano.

Va á salir, y encuentra á Fierval.

¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre?

Admirada.

Catal. ¡El señor Fierval!

Aparte.

Lussan. ¡Fierval!... soy perdido.

SCENA VII.

Los dichos y Fierval.

Al empezar á hablar Fierval, Enrique y Frasquita se acercan uno á otro con inquietud.

Fierv. Vengo á saber si el bribon de Enrique...

Pasa por delante de Bonifacio para ir hácia Catalina, y vé á Lussan.

Vm. perdone, caballero... ¡Ah, ah!... Pero no... Sí, sí... ¡He! por Dios es él, es Lussan.

Catal. y Bon. ¡Lussan!

Riéndose.

Fierv. ¿Y qué hace vm. aquí.

Con frescura.

Lussan. Esperar á que vm. diga lo que vm. mismo viene á hacer.

Riéndose.

Fierv. Por cierto, que pienso que nos trae un mismo objeto; pero en todo caso el encuentro es gracioso.

Rie con mas fuerza.

Riéndose tambien.

Bon. Y sobre todo para mí...

Haciéndoles cortesía.

Señores, me llena de satisfaccion el conocer á vms., puesto que solicitan la mano de mi sobrina.

Sorprehendido.

Fierv. ¡Sobrina de vm., caballero!

Mirándolo de pies á cabeza.

Bon. Sí, mi sobrina, Elisa de Armincur. Yo le daré la enhorabuena.

A Catalina.

¡Ah, ah! la bella labradorcita... Vm. no nos decía, que estos señores... Pero ya, ya: está enten-

dido; es claro que quando una muger es bonita, puede hallar disculpa para no ser prudente.

Aparte.

Catal. ¡Dónde me escondo!

En voz baxa á Enrique.

Frasq. Sáquenos vm. de esto, Enrique.

Enriq. Pues ayúdeme vm.

A Bonifacio.

Lussan. Modere vm. sus expresiones, caballero; si aparece mi disfraz como un testigo contra esta señora, es enteramente sin razon el sospechar que tuviese en él la menor parte. Nada sabía, y aun duraría esta ignorancia á no haber sido por la indiscreta visita del señor.

En voz baxa á Fierval.

Enriq. Y es verdad, pues solo por soplarme la dama...

A Fierval, juntando las manos.

Frasq. Suplico á vm. que no pierda mi estimacion.

Riendo aun mas fuerte.

Fierv. ¡Qué! ¿seriamente? por esa chica, por Frasquita... Amigo, vm. perdone; pero no puede uno contenerse á vista de semejante extravagancia. ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Impaciente.

Bon. Vamos, riase vm. de una vez, y acaso despues podrá explicarse.

Confusa.

Catal. ¡Ah! señor: líbrese vm. de creer...

Bon. ¿Qué?... El diablo me lleve si entiendo palabra.

A Fierval.

Enriq. Contemple vm. al tio que trae un dote inmenso.

Aparte.

Fierv. ¡Ah! es muy amable.

A Bonifacio con mas seriedad.

Señor, todo esto nó es mas que una chanza, es ocioso parar la atencion en ello. Algunas órdenes relativas á mi próxîma boda con la adorable sobrina de vm., me hiciéron venir á esta granja, donde confieso que no esperaba encontrar al señor Lussan acomodado con tal disfraz; pero es menester disculparlo. El amor nos mueve á muchas locuras, y esta...

En tono de frialdad y amenaza.

Lussan. Bien va, señor, bien va; aprovéchese vm., si le es posible, de la ventaja que le da este momento; pero si vm. me cree, se esforzará á

callar, sino quiere que nos encontrémos mas de cerca.

Fierv. Por lo que hace á encontrarnos, no lo reusaré seguramente, porque estimo á vm. demasiado para eso; pero en quanto á discrecion... no es posible... vaya, por vida mia que no es posible.

A Lussan.

Bon. Mucho me mortifica esta aventura, caballero; porque me obliga á disminuir el buen concepto que habia formado de vm. sin conocerlo, y esto no dexa de costarme disgusto.

Lussan. No precipite vm. su juicio. No pido mas que tres horas, y secreto. Tendré el honor de que nos veamos en la quinta.

Bon. Allí espero á vm.; nada deseo tanto como haberme engañado...

A Catalina.

A Dios, señora; olvide vm. el agravio que la he hecho; su semblante tiene la culpa.

A Fierval.

Por lo que hace á vm., voy á preguntar á mi hermana, si su boda con mi sobrina está tan adelantada como dice. Quiero para ella un hombre de bien, amable, y que la ame sinceramente; se lo advierto á vm.

Fierv. En ese caso, señor, mi dicha es cierta.

A Enrique aparte.

¿Y mi carta?...

Enriq. Esta noche llevará la respuesta. *Aparte.*

A Catalina en voz baxa.

Fierv. Hermosa... Pero créame vm.; envielo á disfrazarse á otra parte, que esto la compromete.

A Lussan.

A Dios, Lussan, á Dios. Sin ódio... amigo... sin ódio... se lo pido á vm. por favor.

A Bonifacio.

Señor, quando vm. mande.

Se va con Enrique y Bonifacio. Este último hace cortesía á Lussan con expresion.

SCENA VIII.

Catalina, Lussan, y Frasquita al fondo del teatro, observando con inquietud la scena.

Juntando las manos sobre su frente.

Catal. ¡O Dios! ¡qué de afrentas!

Lussan. ¿Catalina?... señora... dígnese vm. oirme un instante. No caiga sobre mí solo el resentimiento de la scena que acaba de pasar. Sin ese jóven atrevido...

Catal. Yo le doy gracias, señor; él me ha enseñado á conocer á vm.; él ha iluminado el abismo en que mi error iba á precipitarme. ¿Y quál era el designio de vm., suponiendo que yo no fuese mas que lo que he querido parecer? ¿Era este un motivo para hacerse una diversion de la pérdida de mi tranquilidad, y de mi reputacion? ¿Está, pues, decidido entre los hombres que una muger que les es inferior en nacimiento, no pueda serles igual en virtud? ¡Ah! esta indignidad es insufrible á mi razon, y jamas... no, jamas habria creído á vm. capaz de ella.

Lus. Pero vm. ignora quáles eran mis designios. Concédame por piedad, si no puedo conseguir otro afecto, el perdon de una astucia, cuya inocencia hubiera vm. conocido manifiestamente en todo... Yo amaba á vm., Catalina... Yo la amo mas de todo quanto puedo encarecerlo... Acabe vm. aquella relacion, aquella confianza de que depende el resto de mi vida. Sepa yo en fin, quién es vm.; y pueda gozar á un tiempo la dulzura de consolar, de enriquecer á lo que amo, y deber á su ternura que vuelva al mundo, y á la felicidad.

Conmovida dice con dolor.

Catal. Vedlos aquí... Todos se parecen.

A Lussan, con afliccion mezclada de cólera.

Ahórrese vm., señor, unos cuidados que vm. mismo ha hecho inútiles. Vuélvase á la quinta; olvide una muger miserable que no habia solicitado conocerlo, y que no tardará en ir léjos de aquí, léjos de vm., y de todo quanto la rodea, á buscar, si es posible, un asilo mas seguro contra la falsedad y la perfidia.

Fuera de sí.

Lussan. ¡Qué! vm. quiere...

Con mas firmeza.

Catal. Sí, señor; esta noche doy mis cuentas al ama, y mañana marcho.

Lussan. Catalina... Por Dios...

Viniendo hácia delante, y llorando.

Frasq. Y que, señora Catalina, ¿ya no quiere vm. á la pobre Frasquita?

A Frasquita.

Catal. ¡Ingrata! En verdad que tienes derecho á reclamar una ternura de que has abusado tan indignamente. ¡Tan jóven! mezclarse en semejantes intrigas... vender á su bienhechora, exponerla á haberse de avergonzar á vista de todo el mundo... vé aquí la digna recompensa... mañana... esta noche misma, ya no tendrás asilo.

Grita á Lussan.

Frasq. Señor, señor... hable vm. á favor mio...

Con dulzura y tranquilidad á Frasquita.

Lussan. Sosiégate, hija mia, yo me encargo de tu suerte.

Á Catalina.

Yo me retiro, señora; vm. no está ahora en estado de oirme; pero crea, que un hombre que ha sufrido fácilmente sus injusticias, no renunciará con la misma facilidad la esperanza de poseerla. Sabré quien es vm.; lo sabré, puede ser á pesar suyo. Mi amor, mi respeto, mi perseverancia volverán á inspirar á vm. algun dia afectos mas dignos de entrambos... y entre tanto vm. no se ausentará; no señora: miéntras Cárlos exîsta, Catalina no será dueño de respirar otro ayre diferente del que á él lo vivifique. Á Dios, señora: ven, Frasquita.

Se va, Frasquita lo sigue, mirando de tiempo en tiempo á Catalina que queda consternada.

SCENA IX.

Catalina sola.

Catal. ¡Qué! ¿no tendré libertad para huir de un

terreno donde aun me persiguen las desgracias? Sería bueno que yo me quedase aquí, expuesta á los insultos de Fierval, á la cólera de Elisa, y á las persecuciones de un hombre, que debería... ¿y qué no puedo aborrecer?... Pero aun quando éste fuese bastante generoso para hacer en mi favor, lo que yo hice por el ingrato Orneville, ¿quién me asegura que mi segundo matrimonio será ménos desastrado que el primero? ¿Y si aquel hombre, á quien colmé de beneficios, me hizo tan constantemente desgraciada, qué podré esperar de éste á quien se lo he de deber todo? No me expondré á tal peligro... me ausentaré... sí... me ausentaré esta misma noche... Pero ántes de partir quiero dar castigo á la insolencia de Fierval: su carta me proporciona un medio fácil de lograrlo. ¡Qué aborrecible estaba no ha mucho! ¡Qué contraste formaban su audacia y su ligereza, con el modo noble y reservado de aquel infeliz!... ¡Qué digo!... ¿A dónde van á parar mis idéas? ¡Ah! ¡Julia, Julia!... Huye si quieres al señor Lussan; pero no esperes olvidar jamas al pobre Cárlos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala de la quinta, iluminada y preparada para una funcion.

SCENA PRIMERA.

Elisa y Fierval.

Muy agitada.

Elisa. No acabo de admirarme. ¿Cómo? ¿Es posible que el señor Lussan se haya degradado hasta tal punto?...

Riéndose.

Fierv. Nada hay mas cierto á fé mia. Lo encontré encaxado en la granja, como si hubiese diez años que vivia en ella. Puede ser que le hubiera guardado secreto; pero su amenaza me ha quitado la gana. Jamas he hecho nada bueno por sujecion.

Elisa. ¡Disfrazarse de ese modo, y en un parage donde podia conocerlo el primero que llegase!... ¡provocarnos!... ¡insultarnos en nuestra cara!...

Fierv. Parece que eso la pica á vm.

Elisa. ¿A mí?... No por cierto. Vm. sabe mi modo de pensar; y vm. no necesitaba de esta última ofensa, para que mi eleccion se determinase.-Pero no puedo pensar, que por una miserable criada de escalera abaxo...

Fierv. Oiga vm.; ella no es fea; y una vez alborotada la cabeza... A propósito; ¿dónde está el buen tio Bonifacio?

Elisa. No me hable vm. de él. Tiene una grosería insoportable... ¿Pero está vm. bien cierto de que Frasquita sea?...

Fierv. ¿Otra vez? ¡Ah! prima mia, eso es demasiado: no quiera vm. llenarme de inquietud en el momento, en que parece que todo debe contribuir á asegurar mi felicidad: reflexîone vm. que mañana, acaso, serémos el uno del otro; y que por mas tolerancia de que haga provision al constituirme xefe de familia, no podré sufrir que un rival me robe la dulzura de poseer solo su corazon, al ménos el primer dia de nuestra boda.

Con altivez.

Elisa. ¡Cómo, señor! ¿Se atrevería vm. á pensar?...

Fierv. ¡O! no. Yo no pienso; no me atrevo á nada en el mundo: quisiera solamente distraer á

vm. de una idéa, que es contraria á mi amor.

Preocupada.

Elisa. Esté vm. tranquilo. Yo no mudo tan fácilmente; y jamas me tomaría la licencia en el momento en que mi familia decide de mi suerte....

Con viveza.

¡Ah! aquí está Frasquita: preguntémosla, y saldrémos de dudas.

Aparte.

Fierv. ¡Esto es increíble!

SCENA II.

Los dichos.

Frasquita atravesando el teatro sin verlos.

Elisa. Frasquita, ven aquí: oye una palabra.

Embrollada.

Frasq. Señorita... Perdone vm... Pero tengo tanta prisa, vé vm. *Quiere irse.*

Deteniéndola.

Fierv. Un instante.

Frasq. Ninguno tengo que perder, y sobre todo con vm., caballero.

Elisa. ¡Qué grosera!

Fierv. Sí, grosera: fiese vm. de estos pudores de Payas; son las maliciosas mas falsas...

Con malicia.

Frasq. Vm. sabe algo de eso, me parece.

Riéndose.

Fierv. Y Lussan tambien, mi corazon.

Aparte.

Frasq. ¿Qué me querrán?

Mirándola los ojos.

Elisa. ¿Dicen que el señor Lussan es muy amigo tuyo?

Con resolucion.

Frasq. ¿Y por qué no, señorita? ¿Qué, no soy bastante linda?

Aparte.

Guarda.

A Elisa.

Fierv. ¿Lo oye vm.?

Elisa. No le falta amor propio por cierto.

Frasq. ¡O Dios! Cada uno tiene el suyo.

Elisa. Sí; pero el tuyo no puede estar peor colocado. Deberias avergonzarte.

Frasq. ¿Y de qué? ¿De grangearme amantes? Mas bien me avergonzaría de no saberlos conservar.

Aparte.

Elisa. ¡Insolente!

Con gravedad á Frasquita.

Fierv. Chica, vm. pierde el respeto.

A Fierval en el mismo tono.

Frasq. Señor, ciertamente vm. no me hará que lo encuentre; y fuera de esto, yo nada tengo que hacer aquí: me voy.

Elisa. Poco á poco, si te parece. ¿Hace mucho tiempo que al señor Lussan se le ha ocurrido hacer caso de tí?

Frasq. No sé, señora: los instantes que divierten no se cuentan; solo parecen largos los que incomodan. Pero me marcho,

Deteniéndola.

Fierv. ¿A la granja sin duda?

Triste.

Frasq. No señor: porque estoy despedida, gracias al cuidado de vm.

Elisa. ¿Y dónde irás á vivir ahora?

Haciendo cortesía.

Frasq. A Lussan, señorita. Han tenido la bondad de ofrecerme allí un asilo.

Aparte.

Elisa. Tanta desvergüenza no es natural.

A Frasquita.

Fierv. ¿Y por qué ha tomado Catalina el caso tan seriamente?

Impaciente.

Frasq. ¿Por qué?... ¿Vm. quiere que diga por qué, señor?

Elisa. Sin duda.

Fierv. No; no es necesario. Esta chica está mortificada; dexémosla ir.

Elisa. Con mucho gusto. Solamente voy á dar cuenta de todo esto á mi madre, y empeñarla en que case al pobre Enrique con otra.

Que se iba, vuelve.

Frasq. ¿Enrique?... ¿Qué dice vm. de Enrique, señorita?

Elisa. ¿Qué te importa?

Frasq. ¡O! se lo suplíco á vm. mucho, mucho. Dígame...

Mirándola atentamente.

Elisa. Decia, que tu boda con Enrique debia ser la primera, que mi madre hubiera hecho celebrar con la ocasion de la mia... pero que es preciso deshacerlo todo, puesto que...

Muy agitada.

Frasq. ¿Cómo?... ¿Cómo?... La señora queria...

La señora hubiera... *Mira á Elisa.*
Señorita, esto me hace demasiada fuerza, y me voy huyendo por miedo de descubrirme.

Se va corriendo.

SCENA III.

Elisa y Fierval.

Colérica, casi llorando de rabia.

Elisa. No se me engaña tan facilmente. Mis sospechas eran demasiado justas; me han sacrificado indignamente... pero no tardaré en vengarme.

Riéndose.

Fierv. ¡Vengarse!... ¿y de qué?... La tierra me falte, si entiendo palabra del humor de vm., sino que me hace pasar plaza de un gran tonto.

Elisa. Dexémonos de chanzas, señor. Mañana estarémos casados. Mañana será vm. tan interesado en mi gloria como yo; y me lisonjéo de que vm. no se negará á ayudarme para un proyecto, que solamente puede darme satisfaccion del indigno proceder del señor Lussan.

Fierv. ¿Qué proyecto? Veamos.

Elisa. El de arrojar de aquí á esa insolente La-

bradora, cuya conducta poco decente ha autorizado sin duda á un hombre débil para faltar á nuestro respeto.

Fierv. ¿Quién? ¿Catalina?

Elisa. La misma.

Aparte.

Fierv. Poco á poco: eso no me tiene cuenta.

A ella.

Pero vm. se engaña, Elisa; no es por ella...

Enfadada.

Elisa. ¿Se ha puesto vm. de acuerdo con ellos para engañarme? ¿O no quiere vm. conocer que ese supuesto capricho por Frasquita, no es mas que una astucia grosera, que les ha sugerido la sorpresa de aquel instante? No es de hoy... vm. mismo lo ha dicho; no es de hoy el estar en la granja el señor Lussan: ¿vm. cree que una miserable criada haya podido ser el objeto de tales finezas? No; no, señor: la bella Catalina, tan insinuante en su estado, tan preocupada contra los hombres, es sola quien ha podido inspirar una pasion bastante fuerte para justificar semejantes desvaríos; y ella sola es la causa de la mudanza, que todo el mundo ha conocido.... ¡O Dios!

Aparte.

Fierv. Està muger no me ama absolutamente.

A ella.

Lo repito, prima mia; puede ser que vm. tenga razon; pero no veo qué motivos la obliguen...

Elisa. Qualquiera que sean, señor, no dude vm. en ayudarme; este es el precio de mi mano.

SCENA IV.

Los dichos, Bonifacio y la Marquesa de Armincur.

Acabando la conversacion.

Bonif. Sí: está decidido. Estas tierras serán nuestro retiro, nuestra habitacion favorita; aquí acabaré mis dias á tu lado. En quanto á nuestra sobrina, irá, si quiere, á vivir en París.-Pero hablando entre nosotros, ¿crees que será feliz con ese aturdido de Fierval? El es un bello jóven; pero infame me vea yo, si jamas se consigue que sea hombre de bien...

Viendo á Fierval.

¡Ah! vm. perdone, yo no lo habia visto.

Haciendo cortesía.

Fierv. No hay de qué, señor: las opiniones son libres.

Marq. Pero, hermano mio; si solo te determinas á favor del señor Lussan, tus proyectos estan frustrados de antemano; porque despues de lo que ha sucedido en la granja, bien conoces que es imposible...

Admirado.

Bonif. ¡Lo que ha sucedido en la granja! ¿Y quién te lo ha contado?

Marq. Fierval.

Picado, mirando de medio lado á Fierval.

Bonif. ¡Ah! ¿Ha sido el señor?

Riéndose.

Fierv. Sí; ciertamente. ¿Qué mal hay en haber divertido un poco á estas señoras, á costa de un hombre?...

En el mismo tono de arriba.

Bonif. Que podria venir á parar en divertirse á costa de vm.

Fierv. ¡Ah!

A su tio.

Elisa. A lo ménos no será, consiguiendo derecho alguno á mi persona.

Bonif. ¿Y por qué? No te empeñes tú tambien en creer, que la pobre Frasquita....

Elisa. No señor, no: Frasquita no es la que me ha robado el afecto del señor Lussan; afecto, que sin duda estoy muy distante de echar ménos; pero que hubiera podido, me parece, dirigir á otra, y no á una muger desconocida, sin nombre, ni nacimiento, y que por precio de las bondades de que la ha colmado mi madre, se ha abandonado hasta el extremo de emprender seducir á un hombre destinado á su hija, y no ha temido introducir el escándalo en la única casa, que tal vez hubiera querido recibirla.

Marq. ¿Cómo, hija mia? Esa Catalina, que yo amaba tanto, se habrá atrevido...

Elisa hace señas á Fierval, de que la apoye, y Bonifacio la observa.

Fierv. Sí, cierto... Hay alguna apariencia...

Aparte.

Sí, yo lo creyera.

A Bonifacio.

Marq. Escucha, hermano; mi hija tiene razon. El señor Lussan ha procedido muy mal con nosotras; y en verdad...

Con viveza.

Elisa. Si vm. me ama aun, señora, no permita que yo me vea humillada de tal suerte por todo el mundo. - ¡Si supiese vm. la pena que esto me causa!...

Con bondad.

Marq. ¿Lloras, hija mia? No hay motivo para eso. Anda, tranquilízate; esta noche despido á Catalina, rompo con el señor Lussan, y firmo el contrato de tu boda con Fierval. ¿No es verdad, hermano? ¿Es preciso que esto sea así? ¿Es cierto?

Quitándose el sombrero.

Bonif. Vm. me perdone, señora hermana; en punto á tontunas, no camino tan de prisa como tú. Pero no quiero hacerte penar: espero aquí al señor Lussan; lo que me diga, me hará decidir.

Marq. Pero, hermano...

Bonif. ¡O! acabémos: no me gustan charlatanerías. Dentro de una hora, todos los aldeanos de este lugar vienen á festejar á mi sobrina con motivo de sus dias, que yo deseo poder hacer mas alegres. Dentro de una hora, señorita, la regalo á vm., por ramillete, un dote de seis millones de reales.-Pero debo no obstante prevenirte una

cosa; y es que no puedo disfrutar el placer de enriquecerte, sino con una condicion: condicion sagrada é indispensable, que tú y tu marido os obligaréis á cumplir, con todas las formalidades que la ley autoriza.

Ansioso.

Fierv. ¿Se puede saber esa condicion?

Con ironía.

Bon. No, señor, no; solo hablarémos de ella en el instante de firmar; esta es una prueba para mí: aunque yo estoy demasiado persuadido del amor de vm. á mi sobrina para imaginarme que una cláusula mas ó ménos...

Fierv. Señor...

Bon. Anda, hermana; hazlo preparar todo para nuestra funcion. Haz extender prontamente el contrato, y dexadme algunos instantes hablar con el señor Lussan, que viene ahí.

Se van Elisa y Fierval.

Marq. ¿Y á Catalina se la ha de permitir que entre esta noche?

Bon. ¿Y por qué no? Mañana será tiempo de ver si merece que se la despida. Hermana, yo he contraído hace mucho tiempo la costumbre de adelantar el instante del premio, y retardar el del castigo... Pero déxame solo.

SCENA V.

Lussan y Bonifacio.

En su trage propio.

Lussan. Perdone vm. mi tardanza: algunas ocupaciones que no pude preveer, me han privado del honor de ver á vm. mas pronto; pero al fin ya estoy aquí á sus órdenes, dispuesto á darle quantas noticias me sean posibles.

Bon. Todas se reducen á un solo punto. ¿Ama vm. á mi sobrina?

Lussan. La amé.

Bon. ¿Pues por qué no la ama vm. ya?

Lussan. Porque me ha parecido su carácter muy distante de poderse conformar al mio; porque su coquetería, razon sola que la inclinó á lisonjear las esperanzas de Fierval, al mismo tiempo que yo la amaba, me inspiró un justo recelo; y últimamente, porque una pasion mas fuerte ha borrado casi inmediatamente la impresion que debió hacerme su mérito... Hablo á vm. con sinceridad.

Bon. Así me gusta... ¿Con que vm. no la ama ya?

Lussan. No, señor.

Bon. ¿Nada? ¿nada?...

Lussan calla.

¿Sabe vm. que lleva seis millones de reales de dote?

Lussan. Tanto mejor. No faltaba á mi tranquilidad mas que saber que era feliz, y espero que tantas ventajas moverán al que le fuere destinado á tener siempre presentes los respetos que la debe.

Bon. Se han empeñado absolutamente en que se case con Fierval... ¿Qué le parece á vm.?

Lussan. Vm. no debe esperar de mí, que sea capaz de perjudicar á nadie.

Bon. Es vm. un hombre de honor; siento sinceramente perder su parentesco. Pero dígame vm.: ¿es cierto que es Frasquita la que le ha vuelto el juicio?

Sonriéndose.

Lussan. No, señor.

Bon. ¿Luego es la bella labradora?... Bien decia Elisa.

Lussan. ¿Con que lo ha adivinado?

Bon. Sí, ciertamente; y está furiosa. "Esa muger, „dice, habrá seducido á vm.: esto es terrible; es „un escándalo espantoso, es forzoso despedirla „esta noche misma..." y mi hermana que es tan débil, como vm. conoce, iba ya á consentirlo,

si yo no me hubiese opuesto.

Lussan. ¡Despedirla!... ¿á quién?... ¿á Catalina?... ¡Ah! señor; mas bien una vm. sus esfuerzos á los mios para hacerla desistir del designio que ha formado de huir de nosotros. Vm. no conoce esa muger adorable: vm. no sabe como reune á porfia las gracias y las virtudes. No es lo que parece; un sin número de desgracias la han reducido á un estado tan poco digno de ella. ¡Si vm. supiese!... Aquí nadie la conoce. Hace dos años que fixó aquí su residencia, y nadie ha podido descubrir quién es, ni de dónde vino; y en tres meses que hace que me introduxe en su casa, sin saberlo ella, baxo el disfraz en que vm. me vió, aun no habia podido conseguir una señal de confianza. Habia en fin llegado un momento mas favorable: acababa de empezar á hacerme relacion de sus infortunios; iba á saber el secreto de su suerte, quando unas circunstancias fatales nos interrumpiéron, y atraxéron la scena de que vm. fué testigo.

Con emocion.

Bon. ¿Qué me dice vm.? ¿Esa Catalina es desconocida? ¿Hace dos años que está aquí? ¿Sus desgracias la han reducido al estado en que está?... Señor... señor Lussan... Esa muger es acaso mas

interesante de lo que vm. piensa. Creo que la conozco... creo... voy á verla... á hablarla al instante... á hacerla varias preguntas... á instruirme...

Arrebatado.

Lussan. ¡Qué! ¡vm. cree!... ¿vm. sabría?... ¡Será posible!... ¡ah! ¡de qué peso aliviaría vm. mi corazon!

Reparándose.

Bon. No... oiga vm.; yo me puedo engañar... ¿Quánto dice vm. que hará que está aquí?

Lussan. Dos años con corta diferencia.

Bon. ¿Su edad?

Lussan. De veinte á veinte y dos años.

Bon. ¿Tiene viveza y talento?

Lussan. Talento, y grande. Eso es lo que me ha sorprehendido. ¿Cómo, decia yo, una aldeana?...

A sí mismo con grande interés.

Bon. ¡Ah! ¡quánto me pesa haberlo perdido!

Lussan. ¿Qué, señor?

Cada vez con mas emocion.

Bon. Un retrato... un retrato pequeño de muger, que vino á mis manos en cierta ocasion. Apénas quise mirarlo entónces; y ahora mirando á Catalina, me ha parecido... pero voy, voy á verla.

Deteniéndole.

Lussan. Ahora mismo debe venir aquí. ¿No sería

mejor que vm. la esperase, y procurase penetrar poco á poco su secreto? ¡Es tan desconfiada! ¡y está tan indignada de lo que ha sucedido poco hace! Quiere ausentarse, y esta noche debe avisar á la Marquesa.

Riéndose.

Bon. ¡Ah, sí; ausentarse! Si sucede lo que yo presumo, bien sé quien ha de marchar; pero ciertamente no serán ni vm. ni ella... Creo que lo entiendo.

Lussan. Déxeme vm. evitar su vista; está tan irritada contra mí...

Abrazándolo con cariño.

Bon. Vaya vm., vaya... Yo haré esas paces. Suba vm. á su quarto, y no se presente hasta que yo lo haga avisar.

Lussan. Deberé á vm. mi felicidad. *Vase.*

SCENA VI.

Catalina, y Bonifacio que está solo un instante.

Bon. Mucho me alegrára que fuese ella. Esta muger me ha dado golpe desde que la ví. ¡He hecho tantas diligencias en vano!... Sería bien extraordinario, que la casualidad... Pero si me engaño... ¡cáspita! No vayamos á entregarnos á una aventurera... Es necesario verlo bien.

Un poco apartada de Bonifacio.

Catal. Aquí está. ¡Si querrá oirme! ¡Tendré aun que sufrir otra nueva humillacion!

Con un ayre franco.

Bon. ¿Es vm., ¡hermosa labradora! ¿busca vm. á alguien aquí?

Catal. A vm., señor.

Bon. Bien va; tanto mejor, aquí estoy. ¿Tiene vm. algo que decirme?

Catal. Cosas que interesàn á la felicidad de la señorita Elisa, y he pensado que por esta consideracion no me negaria vm. el favor de oirme un instante, miéntras se empieza la funcion, que no he querido turbar con un indiscreto alboroto.

La mira un momento con interés, y dice despues.

Bon. Veamos, señora: ¿de qué se trata?

Catal. Antes de pasar adelante, he de suplicar á vm. què se sirva ofrecerme ser con la señora el mediador de mis disculpas, y el intérprete de mis pesares. Yo vuelvo á entregarla la granja que me confió, y cuento desde mañana ausentarme de este distrito. Bien sé que no es costumbre romper de este modo los empeños de esta clase; pero sean los que fueren los resarcimientos que vms. exîjan, desde luego subscribo á ellos, demasiado feliz si dexo al ausentarme á la Marquesa

de Armincur esta pequeña prueba de mi reconocimiento, y de mi afectuosa inclinacion.

Bon. Pero si vm. la es tan apasionada: ¿por qué la dexa? ¿quáles son los motivos de una fuga tan pronta?

Catal. La scena que pasó poco hace la autorizaría suficientemente, me parece, quando esta carta no la hubiese ya preparado.

Le da la carta de Fierval.

Bon. ¡Ah! ¡ah!... De Fierval. *Lee un poco.* ¡Libertino! *Continúa leyendo.*

Catal. Bien conoce vm. que no sería decoroso permanecer yo en un parage, donde un hombre de esa clase tendrá en breve derecho de hablarme como amo. Sería preciso, ó estar expuesta á sus insultos ó envilecerme... El atrevimiento para lo primero, ó la baxeza para lo segundo, son cosas igualmente indignas de mí.

Aparte.

Bon. Esta muger es honrada, es cosa cierta.

A ella.

¿Quándo ha recibido vm. esta carta?

Catal. Algunos momentos ántes de la llegada de vm. Puede ser que la hubiera despreciado; sino fuese por el modo indigno con que el señor Fierval se manejó en mi casa; pero el cuidado

de mi reputacion, único bien que me queda en el mundo, no me ha permitido devorar en silencio tan cruel ultraje, cuya venganza me atrevo á confiar al tio, y bienhechor de Elisa.

Poniéndose la carta en la faltriquera.

Bon. Yo me encargo de ella... Aunque á la verdad, no es solo él responsable de la ausencia de vm. El señor Lussán...

Catal. Suplico á vm. que no hablémos de eso.

Bon. ¿Y por qué no? Ese hombre ama á vm. de corazon: me lo acaba de decir ahora mismo. Verdaderamente es lástima que vm. no sea de una clase mas igual á la suya; se convendrían vms. maravillosamente uno y otro: pero á fé mia que está vm. tan distante de él...

La mira fixamente.

Con viveza.

Catal. Ese no sería obstáculo...

Volviendo sobre sí.

La virtud exíste en qualquier estado; pero los hombres la aprecian rara vez, y yo no tengo motivos para tener confianza en su justicia.

Aparte.

Bon. Ella es...

A ella.

¿Ha sido vm. desgraciada en sus amores?

Suspirando.

Catal. Sí, señor, y todavía lo soy.

Aparte.

Bon. Esto es por Lussan.

A ella.

¿Ha sido vm. casada?

Confusa.

Catal. Señor...

Con energía.

Bon. ¿Es vm. viuda?

Sin reparar en lo que dice.

Catal. Sí señor.

Bon. Hace mucho tiempo que...

Catal. Señor, dígnese vm. dispensarme de una declaracion que le es indiferente. Yo me ausento; yo llevaré conmigo á qualquier otra parte la memoria de mis penas pasadas, y el sentimiento inextinguible de mis actuales disgustos. Nada mas tengo que decir, ni que oir aquí... Solo me resta darle á vm. gracias... y tomar su permiso para retirarme.

Con interés.

Bon. Un momento. ¿Dónde va vm. de ese modo?

Tristemente.

Catal. No lo sé. En ninguna parte donde tenga la desgracia de atraer la atencion de un hombre, habrá morada estable para mí.

Mirándola.

Bon. ¡Huf!... Si es así, vm. tiene riesgo de viajar por largo tiempo.

Con mas viveza.

¡Pero qué diablos!... No ha de ir vm. de ese modo á correr la ventura. Vm. tiene conexîon con alguna cosa en el mundo: de alguna parte llegó quando vino aquí: lo que vm. posee lo ha heredado, ó se lo habrá dado alguien. Vm. tenia padre, madre, marido... ¿En qué se ocupaban? ¿Qué ha sido de ellos? En fin... ¿Quién es vm.?

Turbada.

Catal. Señor... ¿qué le importa á vm.?... mi padre... mi marido...

Con mas viveza.

Bon. Sí: su marido de vm., su familia, todo me importa, y mucho; ¿todo esto dónde está? ¿Quién es vm.? Veamos.

Buscando qué decir.

Catal. He perdido mi padre y mi madre de corta edad... Entónces...

Estrechándola.

Bon. Y bien, entónces...

Turbándose cada vez mas.

Catal. Entónces... Una señora, que... los favorecia mucho... Se encargó de mí... me casó... y me dexó... á su muerte...

Bonif. ¿Y su marido de vm. dónde estaba quando?...

Interrumpiéndolo.

Catal. Me ha abandonado... hace dos años, ignoro...

Interrumpiéndola con viveza.

Bonif. Pero vm. se engaña; mírelo bien.

Fuera de sí.

Catal. Cómo que me engaño...

Bonif. Vm. no sabe mentir; eso me gusta.

Desatentada.

Catal. Aseguro á vm., señor...

Impetuosamente.

Bonif. Quiero una respuesta pronta y positiva. ¿No nació vm. en París? ¿no es hija de un valiente y rico militar que se llamaba Harcur? ¿no quedó huérfana á la edad de diez y seis años? Un jóven llamado Orneville...

Da un grito: va á caer desmayada, y Bonifacio la sostiene.

Catal. ¡Orneville!... Yo me muero...

Asustado, y con el mayor interés.

Bonif. ¿Qué tiene vm.?... No tema... no recele nada, la digo. Vm. tiene derechos muy sagrados á mi ternura. Si he podido engendrar un hijo indigno de mí, doy gracias al cielo de haberme dado tiempo y proporciones para reparar sus faltas. ¡Julia! ¡Querida y generosa Julia!... Por piedad no aborrezcas al pobre Bonifacio de Orneville, que te pide de rodillas el perdon de su hijo.

Catal. Vm., señor... ¡Vm. padre de mi marido!...

Arrodillándose efectivamente.

Bonif. Olvida que fuí su padre, y dexa que lo sea tuyo.

Lo abraza, y lo levanta.

Catal. ¡Ah! sí, sí señor... sea vm. mi padre... Yo necesitaba hallar uno.

Estrechándola en sus brazos.

Bonif. Hasta la muerte.— Ea, hija mia, no se trate mas de fuga, de aventuras, ni de disfraces.—

Señalando su corazon.

Este es tu último asilo, del qual nada será capaz de hacerte salir. Tu honor es el mio: mis bienes son tuyos; y el cuidado de hacerte feliz me ocupará constantemente.

Recobrando su alegría.

¡Ah! bien; acabémos de enternecernos mutuamente: es preciso ahora alegrarnos un poco, castigar á un fatuo, corregir á mi sobrina, y hacer una buena boda. ¡Qué de placeres á un tiempo!

Con emocion.

Catal. ¡Una buena boda!...

Bonif. Sí, sí; Lussan y tú. Os voy á casar. Entrambos os amais como locos: entrambos sois honrados y ricos. Nada puede haber mejor dispuesto.

Catal. ¡Yo rica!... Bien sabe vm. que nada me queda.

Bonif. ¿Qué? ¿olvidas que yo poseo alguna cosa? El dote de Elisa es tuyo; ya verás quáles eran las condiciones con que se lo daba. Pongo en tu mano mi fortuna, y la suerte de mi sobrina... De una y otra dispondrás á tu arbitrio; que es cosa en que no me he de meter mas.— Pero vienen. Permanece aun siendo Catalina, hasta que yo una á Lussan y á la viuda de mi hijo.

Besándole la mano.

Catal. Obedezco.—

Aparte.

¡Ah Cárlos! ¡qué momento!

SCENA VII.

Los dichos. La Marquesa, Elisa, Fierval, Enrique y Frasquita: á la frente de comparsa de aldeanos, que traen ramos para Elisa. Frasquita trae dos: uno que sirve para ella, y otro mejor preso á su falda. Los aldeanos entran con una especie de danza rústica, y al pasar presentan sus ramos á Elisa. Mientras esto dura, se trae una mesa á uno de los lados del teatro: se sienta un Notario á escribir en ella, y acaba de extender el contrato. Catalina está á una punta de la scena, y Frasquita se pone á su lado. Bonifacio está en la otra punta: la Marquesa, Elisa y Fierval ocupan el centro. Enrique á la espalda cerca de Frasquita. Los aldeanos se colocan al fondo despues de la danza, y permanecen allí hasta el fin.

La Marquesa á los aldeanos.

Marq. Vamos, hijos mios, alegría. Elisa en su boda hará feliz á mas de uno en la aldea.

A Bonifacio.

Y bien, hermano, ¿estás decidido?

Con alegría.

Bonif. Poco falta, hermana.

A Fierval.

Elisa. ¿Ve vm. la atrevida Catalina?

A Elisa.

Fierv. Voy á hablarla.

Se acerca á Catalina, mientras la Marquesa abraza á su hija, y la da un ramo que Elisa se pone en el pecho.

¿Mi respuesta, hermosa labradora?

Sonriéndose.

Catal. El señor Orneville la dará por mí.

Admirado.

Fierv. ¿Cómo?

Catal. Se lo he encargado yo.

Dando un ramo á su amo.

Enriq. Vaya, señor, presente vm. su ramo.

Hablando consigo.

Fierv. Yo no acabo de comprehender...

Dexa á Catalina, y va á ofrecer su ramo á Elisa.

A sí misma, reparando que es la única que no tiene ramo.

Catal. Y yo, que no tengo...

Frasquita se adelanta con timidez: la ofrece el suyo en ademan de suplicarla... Catalina lo acepta riendo, y la besa en la frente, diciendo.

¡Pobre muchacha!

Aparte con alegría.

Frasq. ¡Ola, ola! ¡parece que hay novedad!

A Catalina.

Bonif. A vm. toca ahora, y con un buen cumplimiento.

Alegre.

Catal. ¿Me lo manda vm., señor?

Bonif. Yo lo suplico.

Ofreciendo un ramo á Elisa.

Catal. Señorita, no reuse vm. admitir este pequeño testimonio de la estimacion de una muger que jamas la ha hecho mal, y que quisiera poder hacerla bien algun dia.

Elisa hace un ademan de desden.

No es esto imposible: es necesario estar dispuesto á todo en esta vida; y el medio mas suave de preveer los acontecimientos funestos, es dexarse amar de aquellos, cuya ternura puede ayudarnos á sufrirlos.

Admirada.

Elisa. ¿Y á qué viene ahora ese discurso?

Marq. Yo me enternezco.

Bonif. Llegó mi vez de festejar á mi sobrina... pero... poco á poco... aquí nos falta alguien.

Con viveza.

Frasq. El señor Lussan.

Bonif. Que lo llamen.

Frasq. Vamos á buscarlo, Enrique.

Enriq. Vamos á buscarlo.

Se van corriendo.

SCENA VIII.

Los dichos, ménos Enrique y Frasquita.

Fierv. ¿Y qué quiere decir todo esto?

Bonif. Voy á explicarlo. Yo anuncié á vm. poco hace una condicion, sin la qual no me era posible disfrutar el placer de hacer rica á mi sobrina. Esta condicion es... que en el caso de que la casualidad, ó algun otro suceso, que ahora no puedo preveer, nos hagan descubrir la viuda desgraciada del hijo que he perdido, mi sobrina y yo le volverémos al instante los bienes de que la despojó la mala conducta de su marido: bienes que yo no puedo valuar, pues no he sabido á quánto ascendian; pero que el honor me manda reemplazar por medio del sacrificio entero de los mios.

Con nobleza.

Elisa. Eso es muy justo, señor: la nobleza de ese proceder me hace ménos penosos los beneficios de vm. No he debido contar con sus riquezas, y las renunciaré sin murmurar. Y si este caballero

Señalando á Fierval.

piensa como yo, restituirá los dones de vm. aun con mas gusto que el que experimentamos al aceptarlos.

A su sobrina.

Bonif. Esto es muy bien dicho, señorita, muy bien; y estoy muy contento de esa respuesta.

A Bonifacio.

Marq. Si te digo que tiene cosas buenas.

Con un poco de mal humor.

Fierv. ¡O! sí, sí: está bien dicho sin contradiccion; pero esa generosidad excesiva, no será probablemente puesta á prueba.—

A Bonifacio.

Yo he oido decir que esa infeliz muger habia muerto de pesadumbre poco tiempo despues de su hijo de vm., y en dos años no se ha oido hablar mas de ella...

Riendo.

Bonif. Perdone vm., amigo: vive: se halla en muy buena salud; y el señor Lusan, que viene

ahí, puede responder á vm. tan bien como yo...

SCENA IX.

Los dichos: Enrique, Lusan y Frasquita.
A Bonifacio.

Lussan. ¿De qué, señor?

Bonif. De la exîstencia de mi nuera, la viuda de Orneville, á quien devuelvo su fortuna, dándosela á vm. por esposa, si la ama tanto como creo haber conocido.

A su sobrina.

Elisa, la respuesta que acabas de darme te vuelve mi estimacion; y para probártelo, te permito que des un abrazo á tu prima, y la presentes tú misma al señor Lusan.

Marq. ¡Su prima!

Lussan. ¿Su nuera de vm.?

Fierv. ¿Y quién es?

Advirtiendo la conmocion de Catalina.

Elisa. ¿Será Catalina?...

Bonif. La misma.

Todos los actores. ¡Catalina!

Lussan. Catalina... adorada Catalina.. ¿es cierto que yo soy el mas dichoso de los hombres?...

¡Ah! hable vm... dígnese consentir...

Catal. Tengan vms. compasion de mí... No puedo responder... la conmocion.., el gozo... ¡Ah! padre mio... señora... señorita.., colmen vms. mi felicidad, permitiéndome merecerla. Vm. guarde esos bienes, de que hace tan digno uso. De vm. son; nada me debe. Lussan es bastante rico para entrambos..., y yo lo estimo tanto, que puedo consentir en deberle alguna cosa.

Besándole la mano.

Lussan. ¡Ah Dios!

A Catalina.

Elisa. Ese último rasgo me confunde: yo moriré del pesar de haberte ofendido, si tu amistad no me consuela.

Se abrazan.

Llevándolos hácia la mesa.

Bonif. Firmémos ahora el contrato. Ya está pronto,

Al Notario.

no hay mas que mudar los nombres.

Confuso.

Fierv. ¿Y para qué se han de mudar? Que se casen tambien, muy enhorabuena; pero por esto no veo que haya una razon de que yo renuncie mis esperanzas...

Riendo.

Bonif. ¡Las esperanzas de vm.!... La lista tengo en la faltriquera. Elisa... toma; recórrela.

Firma el contrato, y se lo hace firmar á Catalina y á Lussan.

Marq. Veamos... *Lee con Elisa.* ¡Impertinente!

Volviendo la carta á Fierval.

Elisa. Esta carta me da una leccion saludable: ojalá se aproveche vm. de ella como yo.

Queriendo ocultar su confusion.

Fierv. ¡Y bien!... ¿Qué? Esto es una chanza... ¿Querria vm. por una cosa tan pequeña?...

Haciéndole una profunda reverencia.

Elisa. A Dios, señor.

En su tono acostumbrado.

Fierv. Vm. hace mal: no hallará otro que sea tan bueno. Ofrezco á vm. mis respetos.

Hace cortesía, y quiere irse.

Sin moverse.

Bonif. Abur, jóven.... Sin ódio, ¿he?

Fierv. Ni un átomo.

Indeciso.

Enriq. ¿Voy con vm., señor?

Fierv. No; te despido. *Se va.*

Enriq. Muchas gracias. ¡O! mi Frasquita.

SCENA X. Y ULTIMA.

Los mismos, ménos Fierval.

Volviéndose con Lussan, y Catalina á la scena.

Bonif. Elisa ha tomado el partido mas prudente nada perderá, y en breve.... pero esto basta.

A Elisa y Catalina.

En quanto á mis bienes, hijas mias, los divido entre las dos: creo que este es el mejor medio de conformaros.

Catal. Yo hago á vm. árbitro absoluto de mi suerte. Solo una merced, que solicito con instancia.

Marq. ¿Quál?

Catal. El permiso de disponer de mi granja á favor de Frasquita. *Riendo.* Es justo recompensarla de los afanes que se ha tomado por mí.

Marq. Con mucho gusto, niña mia; nada puedo negarte.

Besando la mano á Catalina.

Frasq. ¡O! mi buena ama.

En el lado donde estaba.

Enriq. ¿Con que yo solamente seré infeliz?

Lussan. ¿Y por qué amigo?

Enriq. ¡Ay señor! Esta mañana, que era yo mas

rico que Frasquita, estaba bien seguro de no casarme con otra que con ella; pero ahora que tiene una granja, ¿cómo quiere vm., que con sesenta y ocho pesos fuertes no mas?...

Riéndose.

Lussan. Yo compondré eso. - Casaos desde luego.

Saltando de contento.

Frasq. y Enriq. ¡Ah señor! ¡qué fortuna! ¡Es posible!....

Reuniéndolos todos á su alrededor.

Bonif. No pensémos ya mas que en divertinos. Al fin de los trabajos, de que tanto abunda nuestra vida, es cosa bien dulce podernos hallar en paz con nuestros amigos....

Lussan. Nuestros vecinos....

Elisa. Nuestra familia....

Catal. Y sobre todo con nosotros mismos.

Los aldeanos baylan una contradanza para dar

FIN.

